



Asamblea General

Vigésimo octavo período extraordinario de sesiones

1^a sesión

Lunes 24 de enero de 2005, a las 10.00 horas
Nueva York

Documentos Oficiales

Presidente provisional: Sr. Dangué Réwaka (Gabón)

Se abre la sesión a las 10.15 horas.

Tema 1 del programa provisional

Apertura del período de sesiones por el Presidente de la delegación de la República Gabonesa

El Presidente provisional (*habla en francés*): Declaro abierto el vigésimo octavo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General en conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis.

Tema 2 del programa provisional

Minuto de silencio dedicado a la oración o a la meditación

El Presidente provisional (*habla en francés*): Invito ahora a los representantes a ponerse de pie y guardar un minuto de silencio dedicado a la oración o a la meditación.

Los miembros de la Asamblea General observan un minuto de silencio dedicado a la oración o a la meditación.

Escala de cuotas para el prorrateo de los gastos de las Naciones Unidas (A/S-28/2)

El Presidente provisional (*habla en francés*): De conformidad con la práctica establecida, quisiera señalar a la atención de la Asamblea General el

documento A/S-28/2, relativo al Artículo 19 de la Carta de las Naciones Unidas.

¿Puedo considerar que la Asamblea General toma debida nota de la información contenida en ese documento?

Así queda acordado.

Tema 3 del programa provisional

Credenciales de los representantes ante la Asamblea General en el período extraordinario de sesiones

El Presidente provisional (*habla en francés*): De conformidad con el artículo 28 del reglamento de la Asamblea General, y según los precedentes establecidos, se propone que la Comisión de Verificación de Poderes para el vigésimo octavo período extraordinario de sesiones tenga la misma composición que la del quincuagésimo noveno período ordinario de sesiones de la Asamblea.

Si no hay objeciones, consideraré que la Comisión de Verificación de Poderes ha quedado constituida de esta manera.

Así queda acordado.

El Presidente provisional (*habla en francés*): Deseo ahora pasar a la cuestión de las credenciales de los representantes ante la Asamblea General en el vigésimo octavo período extraordinario de sesiones.

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-154A. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.



Como la Asamblea sabe, este período extraordinario de sesiones probablemente terminará esta misma tarde. En vista de la poca duración del período extraordinario de sesiones, y habiendo obtenido el consentimiento de los miembros del Comité de Verificación de Poderes, convendría que en ese período extraordinario de sesiones se decidiera, como medida excepcional, aceptar las credenciales aprobadas para el quincuagésimo noveno período de sesiones a los efectos de este período extraordinario de sesiones. Esto no afectaría el derecho de los Estados Miembros a presentar otras credenciales distintas y no sentaría precedente para los futuros periodos de sesiones.

Si no hay objeciones, ¿puedo considera que la Asamblea desea aceptar las credenciales aprobadas para el quincuagésimo noveno período de sesiones a efectos del período extraordinario de sesiones, como medida excepcional y sin sentar precedente?

Así queda acordado.

Tema 4 del programa provisional

Elección del Presidente

El Presidente provisional (*habla en francés*): Se ha propuesto que el Presidente del quincuagésimo noveno período ordinario de sesiones, el Excmo. Sr. Jean Ping de la República Gabonesa, sea elegido por aclamación Presidente del vigésimo octavo período extraordinario de sesiones.

¿Puedo considerar que la Asamblea General desea elegir por aclamación al Sr. Jean Ping Presidente de la Asamblea General en su vigésimo octavo período extraordinario de sesiones?

Así queda acordado.

El Presidente provisional (*habla en francés*): Felicito sinceramente al Excmo. Sr. Jean Ping y lo invito a ocupar la Presidencia.

Solicito al Jefe de Protocolo que se sirva acompañar al Presidente al estrado.

El Sr. Jean Ping ocupa la Presidencia.

Declaración del Sr. Jean Ping, Presidente de la Asamblea General en su vigésimo octavo período extraordinario de sesiones

El Presidente (*habla en francés*): Sesenta años atrás, al concluir la atroz Segunda Guerra Mundial, que se cobró más de 100 millones de víctimas, el mundo descubrió aterrizado los horrores de los campos de concentración nazis.

Hoy nos hemos reunido para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación, por parte de las fuerzas aliadas, de abominables campos de muerte, donde millones de seres humanos —judíos y otras víctimas inocentes— fueron vilmente asesinados a causa de sus orígenes étnicos, sus creencias religiosas, sus ideas o sus afinidades políticas.

Por ello, nuestra Asamblea se complace en celebrar hoy, 24 de enero de 2005, un período extraordinario de sesiones que es a la vez histórico y simbólico. Es histórico porque es la primera vez que la Asamblea General celebra un período extraordinario de sesiones para conmemorar un acontecimiento. Es simbólico porque, por medio de este período de sesiones, la comunidad internacional puede por fin exorcizar, de consuno, la tragedia del Holocausto y manifestar, además, su firme determinación de condenar la tiranía y la barbarie al fracaso eterno, cada vez que vuelvan a surgir.

Deseo encomiar la iniciativa de los Estados Miembros que pidieron la celebración de este vigésimo octavo período extraordinario de sesiones.

Rindo un solemne homenaje a los sobrevivientes del Holocausto, entre los que se encuentra el Premio Nobel Elie Wiesel, así como a los valientes veteranos de las fuerzas aliadas de la Segunda Guerra Mundial, entre ellos el Sr. Brian Urquhart, ex Secretario General Adjunto de las Naciones Unidas. Nos hacen un gran honor al estar presentes hoy en esta casa de las naciones y de los pueblos del mundo.

Son testigos valiosísimos de esa página sombría de la historia de la humanidad, de la que, lamentablemente, no siempre hemos sido capaces de aprender las lecciones correspondientes. Bastará con recordar todos los ejemplos de genocidio, crímenes de lesa humanidad y otras violaciones en masa de los derechos humanos que han tenido lugar desde 1945 en los cinco continentes. Sobre todo, son los símbolos vivientes de los propios fundamentos de las Naciones Unidas, erigidas

sobre las cenizas del horror y la tiranía para preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. Por lo tanto, su presencia nos honra de muchas maneras.

No puede haber un momento más oportuno para celebrar este período de sesiones, puesto que se lleva a cabo precisamente cuando en nuestra Organización se ha iniciado un proceso intensivo de reforma destinado a prepararnos mejor para hacer frente a la multitud de problemas y amenazas a la seguridad colectiva que afectan hoy a nuestro mundo. Por ello, tenemos la obligación moral de tratar de cumplir, de manera incondicional, con lo que se ha dado en llamar el “deber de no olvidar” uno de los crímenes más atroces de la historia de la humanidad.

No obstante, si bien el deber de no olvidar es un bastión indispensable contra la tentación del olvido, también debe llevarnos a mirar el futuro. Este período extraordinario de sesiones también nos ofrece una nueva oportunidad de afirmar alto y claro que “¡Nunca más!” y reafirmar nuestra dedicación a los principios y los propósitos de la Carta de las Naciones Unidas.

Nuestro mundo y nuestras conciencias no deben volver a tolerar la voluntad arbitraria que siega vidas inocentes de manera indiscriminada a causa de sus diferencias. Puesto que vivimos en un mundo que no hace sino enriquecerse más con nuestras respectivas diferencias, y dado que el derecho inalienable a la vida es uno de los valores universales en los que se basa nuestra humanidad, el deber de no olvidar está estrechamente relacionado con el deber de la solidaridad.

Es en ese sentido que me sumo a la enérgica y elocuente declaración del Sr. Elie Wiesel de que no sufrimos solos, sino que siempre sufrimos con los que sufren ante nuestro sufrimiento. Que nuestra sincera entrega a nuestras respectivas identidades siempre encuentre sustento en la condición humana que compartimos.

Tiene la palabra el Secretario General de las Naciones Unidas, el Excmo. Sr. Kofi Annan.

Declaración del Secretario General

El Secretario General (*habla en inglés*): La fecha de este período de sesiones fue elegida porque se cumple el sexagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz. Pero, como los miembros saben, había muchos otros campos que fueron cayendo, uno tras otro, en manos de las fuerzas aliadas en el invierno y la primavera de 1945.

Sólo de manera gradual el mundo empezó a cobrar conciencia de la dimensión cabal del mal que contenían esos campos. El descubrimiento estaba muy presente en la memoria de los delegados reunidos en San Francisco cuando se fundó esta Organización. Las Naciones Unidas no deben olvidar jamás que fueron creadas en respuesta a la maldad del nazismo ni que el horror del Holocausto ayudó a forjar su misión. Esa respuesta está consagrada en nuestra Carta y en la Declaración Universal de Derechos Humanos.

Los campos no eran simplemente “campos de concentración”. No usemos el eufemismo de quienes los construyeron. Su propósito no era concentrar a un grupo en un lugar con el fin de vigilarlos. El propósito era exterminar a todo un pueblo.

También hubo otras víctimas. Los romaníes, o gitanos, fueron tratados con el mismo desprecio absoluto por su condición humana que los judíos. Casi un cuarto de millón de romaníes que vivían en Europa fueron asesinados. Polacos y otros eslavos, prisioneros de guerra soviéticos y personas con discapacidad mental o física fueron también masacrados a sangre fría. Grupos tan distintos como los Testigos de Jehová y los homosexuales, así como opositores políticos y muchos escritores y artistas, fueron tratados con una brutalidad espantosa.

A todos ellos les debemos nuestro respeto, y lo podemos mostrar haciendo un esfuerzo especial para proteger a todas las comunidades amenazadas o vulnerables de manera similar, ahora y en el futuro.

Sin embargo, la tragedia del pueblo judío fue singular. Dos tercios de todos los judíos de Europa, incluido un millón y medio de niños, fueron asesinados. Toda una civilización, que había contribuido mucho más allá del número de sus integrantes a la riqueza cultural e intelectual de Europa y del mundo, fue desarraigada, destruida y aniquilada.

Dentro de unos momentos más, tendremos el honor de escuchar a uno de los sobrevivientes, mi querido amigo Elie Wiesel. Como Elie ha escrito, “no todas las víctimas eran judíos, pero todos los judíos fueron víctimas”. Es adecuado, entonces, que el primer Estado en intervenir hoy sea el Estado de Israel, que, al igual que las Naciones Unidas, nació de las cenizas del Holocausto.

El Holocausto fue la culminación de una historia larga y vergonzosa de persecución antisemita, pogromos,

discriminación institucional y otros tipos de degradación. Los mercaderes del odio no siempre fueron, y quizás no lo sean en el futuro, únicamente los extremistas marginados.

¿Cómo pudo ocurrir tanto mal en un Estado nación tan culto y tan sofisticado, en el corazón de Europa, cuyos artistas y pensadores le habían dado tanto al mundo? Se ha dicho con toda razón que “todo lo que se necesita para que triunfe el mal es que los hombres buenos no hagan nada”.

Había hombres —y mujeres— buenos que hicieron algo: alemanes como Gertrud Luckner y Oskar Schindler, extranjeros como Meip Geis, Chiune Sugihara, Selahattin Ülkümen y Raoul Wallenberg. Pero no lo suficiente. Ni con mucho.

No se debe permitir que un mal como ese vuelva a repetirse. Tenemos que estar alerta ante cualquier resurgimiento del antisemitismo y estar dispuestos a actuar contra todas las nuevas formas de este mal que tienen lugar en la actualidad. Esa obligación nos vincula no solamente con el pueblo judío sino con todos los demás que han sido o pueden ser amenazados con un destino similar. Debemos permanecer alerta ante todas las ideologías basadas en el odio y la exclusión, donde quiera y cuando quiera que surjan.

En ocasiones como ésta, es fácil caer en la retórica. Decimos con razón “Nunca más”, pero actuar es mucho más difícil. Más de una vez desde el Holocausto, el mundo, para su vergüenza, no ha sido capaz de impedir ni de frenar el genocidio, por ejemplo en Camboya, en Rwanda y en la ex Yugoslavia.

Aun hoy vemos muchos ejemplos horribles de acciones inhumanas en todo el mundo. No es sencillo decidir cuáles merecen prioridad o qué medida exactamente va a ser eficaz para proteger a las víctimas y darles un futuro seguro. Es fácil decir que “hay que hacer algo”. Decir exactamente qué, cuándo y cómo —y hacerlo— es mucho más difícil. Pero lo que no debemos hacer es negar lo que está ocurriendo o permanecer indiferentes, como tantos hicieron cuando en las fábricas de la muerte nazis se ejecutaba esa espeluznante operación.

Están ocurriendo cosas terribles en Darfur, el Sudán. Mañana voy a recibir el informe de la comisión internacional de investigaciones, que establecí a solicitud del Consejo de Seguridad. En ese informe se va a determinar si ha habido actos de genocidio en Darfur,

pero también, lo que es igualmente importante, se identificarán las graves violaciones al derecho internacional humanitario y los derechos humanos que sin duda han ocurrido. El Consejo de Seguridad, una vez que reciba el informe, tendrá que decidir qué medidas ha de tomar a fin de velar por que los responsables rindan cuentas. Es una responsabilidad muy solemne.

Hoy es un día en que debemos honrar a las víctimas del Holocausto, quienes, lamentablemente, nunca recibirán una reparación, al menos en este mundo.

Es un día para honrar a nuestros fundadores, las naciones aliadas, cuyas tropas lucharon y murieron para derrotar el nazismo. Esas tropas están representadas hoy aquí por veteranos liberadores de los campos, entre ellos mi querido amigo y colega Sir Brian Urquhart.

Es un día para honrar a quienes arriesgaron y a veces sacrificaron su propia vida para salvar a otros seres humanos. Sus ejemplos redimen a la humanidad y deben inspirar nuestra conducta.

Es un día para honrar a los sobrevivientes, que heroicamente burlaron los designios de sus opresores, dando al mundo y al pueblo judío un mensaje de esperanza. A medida que pasa el tiempo, su número es cada vez menor. Nos corresponde a nosotros, las generaciones siguientes, levantar la antorcha del recuerdo y vivir a su luz nuestra propia vida.

Es, ante todo, un día para recordar no solamente a las víctimas de antiguos horrores, a las que el mundo abandonó, sino a las posibles víctimas de horrores actuales y futuros, un día para mirarlas a los ojos y decirles: “A ustedes, al menos, no los vamos a fallar”.

El Presidente (*habla en francés*): Doy las gracias al Secretario General por su declaración.

Tema 5 del programa provisional

Organización del período de sesiones

El Presidente (*habla en francés*): Con el fin de agilizar la labor del vigésimo octavo período extraordinario de sesiones, y de conformidad con los precedentes, se ha propuesto que los Vicepresidentes del vigésimo octavo período extraordinario de sesiones sean los mismos del quincuagésimo noveno período ordinario de sesiones de la Asamblea General.

Así queda acordado.

El Presidente (*habla en francés*): Asimismo, se ha propuesto que los Presidentes de las Comisiones Principales del quincuagésimo noveno período ordinario de sesiones se desempeñen en igual capacidad en el vigésimo octavo período extraordinario de sesiones.

Así queda acordado.

El Presidente (*habla en francés*): La Mesa del vigésimo octavo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General queda así plenamente constituida.

Quiero señalar a la atención de los representantes un asunto relativo a la participación de la Santa Sede, en su capacidad de Estado Observador, y de Palestina, en su capacidad de observador, en la labor de la Asamblea General. De conformidad con la resolución 58/314 de la Asamblea General de 1º de julio de 2004, el observador de la Santa Sede participará en la labor del vigésimo octavo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General sin necesidad de que se formule una explicación previa antes de su intervención.

El observador de Palestina participará en la labor del vigésimo octavo período extraordinario de sesiones de conformidad con la resolución 3237 (XXIX) de 22 de noviembre de 1974, la resolución 43/177 de 15 de diciembre de 1988 y la resolución 52/250 de 7 de julio de 1998, sin que sea necesario formular una explicación preliminar antes de que haga uso de la palabra.

Ahora quiero consultar a los miembros sobre el asunto relativo a los dos oradores adicionales del período extraordinario de sesiones.

Se ha propuesto que la Asamblea General escuche, antes del debate, la declaración de un sobreviviente de los campos de concentración nazis y la declaración de un veterano de las Fuerzas Aliadas que liberaron los campos de concentración.

De no haber objeciones, ¿puedo considerar que la Asamblea General desea escuchar antes del debate la declaración de un sobreviviente de los campos de concentración nazis, el Sr. Elie Wiesel, y la declaración de un excombatiente de las Fuerzas Aliadas y ex Secretario General Adjunto, el Sr. Brian Urquhart?

Así queda acordado.

El Presidente (*habla en francés*): Ahora pido la cooperación de los representantes en lo que respecta a la duración de las declaraciones. Habida cuenta de la corta duración del período extraordinario de sesiones, y para garantizar que todos los oradores inscritos en la

lista puedan ser escuchados, sería conveniente que en el debate los representantes formulen declaraciones lo más breves posibles, preferiblemente que no excedan los 10 minutos.

Tema 6 del programa provisional

Aprobación del programa

El Presidente (*habla en francés*): El programa provisional del vigésimo octavo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General figura en el documento A/S-28/1. Para acelerar su labor, la Asamblea podría examinar el programa provisional directamente en sesión plenaria sin remitirlo a la Mesa de la Asamblea.

¿Puedo considerar que la Asamblea General está de acuerdo con este procedimiento?

Así queda acordado.

El Presidente (*habla en francés*): ¿Puedo entender que la Asamblea General desea aprobar el programa provisional tal como figura en el documento A/S-28/1?

Así queda acordado.

El Presidente (*habla en francés*): De conformidad con la decisión adoptada antes, doy la palabra al Sr. Elie Wiesel, sobreviviente del Holocausto y Premio Nobel.

Sr. Wiesel (*habla en inglés*): El hombre que está ante ustedes esta mañana se siente profundamente privilegiado. Maestro y escritor, habla y escribe como testigo de un crimen cometido en el corazón de la civilización y de la cristiandad europeas por un brutal régimen dictatorial, un crimen de crueldad sin precedentes, en el que participaron todos los segmentos del Gobierno. En efecto, este período de sesiones es extraordinario. Supongo que ustedes saben lo que habría significado para muchos de nosotros en esos años cobrar conciencia de que el mundo escucha. En esa época, quienes estaban allí padecieron la tortura y el asesinato, no sólo cometidos por el enemigo, sino también por lo que nosotros considerábamos el silencio y la indiferencia del mundo. Ahora, 60 años más tarde, el mundo por lo menos trata de escuchar y de recordar.

Al hablar de esa etapa oscura, el testigo tiene dificultades. Las palabras se convierten en obstáculos, más que en vehículos. Escribe no con palabras, sino contra las palabras; porque no hay palabras para

describir lo que sintieron las víctimas cuando la muerte era lo normal y la vida un milagro. Con todo, lo sepan o no, amigos, la memoria del testigo forma parte de la memoria de ustedes.

Hablo como hijo de un pueblo antiguo, el único pueblo de la antigüedad que ha sobrevivido a la antigüedad —el pueblo judío— y que, durante gran parte de su historia, sufrió el exilio y la opresión, pero que nunca abandonó la esperanza de la redención. Como joven adolescente, este testigo vio lo que ningún ser humano tiene que ver: el triunfo del fanatismo político y del odio ideológico contra quienes son distintos. Vio multitudes de seres humanos humillados, aislados, atormentados, torturados y asesinados. Fundamentalmente eran judíos, pero hubo otros. Y quienes cometieron esos crímenes no eran malhechores vulgares del submundo, sino hombres que ocupaban altos puestos en las esferas gubernamental, académicas, industrial y médica de Alemania. En los últimos años, debemos decir que esa nación se ha transformado en una verdadera democracia. Pero la pregunta sigue siendo válida: en esos años sombríos, ¿qué fue lo que motivó a tantos funcionarios públicos, tan brillantes y devotos, a perpetrar esos horrores? A pesar de ser la tragedia más documentada en los anales de la historia, por su alcance y magnitud, por el peso de las cifras, por las repercusiones de tanta humillación, agonía y dolor, Auschwitz sigue siendo imposible de describir y de comprender.

Permítaseme evocar esos momentos por un minuto: bebés utilizados por la SS como blanco de práctica de tiro; adolescentes condenados a no alcanzar nunca la vejez; padres que vieron cómo echaban a sus hijos a las hogueras; la inmensa soledad que envolvía a todo un pueblo; la desesperación infinita que invadía nuestros días y nuestros sueños, incluso 60 años más tarde.

¿Cuándo comenzó lo que de manera tan poco adecuada llamamos el Holocausto? ¿En 1938, durante la Kistallnacht? ¿En 1939, quizás, cuando un barco alemán, el Saint Louis, con más de 1.000 refugiados judíos alemanes a bordo —hombres, mujeres y niños— fue rechazado en las costas de América? ¿Fue acaso cuando se establecieron los primeros ghettos en Varsovia y en Lodz? ¿O cuando se cometieron las primeras matanzas en los territorios ocupados de Rusia o en Babi Yar?

Todavía nos preguntamos: ¿Qué fue Auschwitz? ¿Fue un experimento de locura que tuvo las dimensiones del mundo y su Creador? ¿Fue un final o un comienzo?

¿Fue una consecuencia apocalíptica de siglos de intolerancia y de odio? ¿O fue una convulsión final de las fuerzas demoníacas de la naturaleza humana? ¿Una creación paralela a la de Dios? ¿Un mundo con sus propias Naciones Unidas antinómicas? ¿Con personas de distintas nacionalidades, tradiciones, culturas, condiciones socioeconómicas, que hablaban muchos idiomas, que se aferraban a diversos credos y recuerdos? Eran adultos o jóvenes, pero en ese mundo no había niños ni había abuelos. Ya habían perecido.

Como los miembros han escuchado, mi amigo Kofi Annan me ha citado al decir que no todas las víctimas eran judíos, pero todos los judíos fueron víctimas. Por primera vez en los anales de la historia, ser se convirtió en un crimen. Su nacimiento se transformó en su sentencia de muerte. Me corrijo: los niños judíos fueron condenados a morir incluso antes de nacer. Lo que el enemigo trató de lograr fue poner fin a la historia del pueblo judío. Lo que ambicionaba era un nuevo mundo implacablemente, irrevocablemente exento de judíos. Por esa razón existieron Auschwitz, Ponar, Treblinka, Belzec, Chelmno y Sobibor, sombrías fábricas de la muerte, únicamente destinadas a la muerte. Se construyeron para crear muerte, se erigieron para la Solución Final. Los asesinos fueron allí a matar y las víctimas a morir.

Sí, un millón y medio de niños. Y es evidente lo que el enemigo se hizo a sí mismo al asesinar a esos niños. ¿Cuántos de ellos podrían haber sido galardonados con el Premio Nobel? Alguno de ellos hubiera podido lograr una cura para el cáncer o para otras enfermedades. Alguno podría haber escrito un gran poema de tal inspiración, de tal fuerza y peso que hubiera inducido a las naciones del mundo a abandonar —abandonaran verdaderamente— la violencia organizada y la guerra.

¿Qué fue Auschwitz? Fue el ideal del verdugo de un reino de abominación y maldición absolutas al cual se enviaron príncipes y mendigos, filósofos y teólogos, políticos y artistas; un lugar en el que perder un trozo de pan significaba perder la vida y donde la sonrisa de un amigo significaba la promesa de otro día. En ese entonces, el testigo trató de comprender princesas —aunque aún no lo entiende— cómo fue posible esa maldad calculada, esa crueldad infinita y absurda. ¿Acaso la creación se había vuelto loca? ¿Se había Dios cubierto el rostro? Una persona religiosa no puede concebir Auschwitz ya sea con Dios o sin Él.

Pero ¿qué hay de los hombres? ¿Cómo hombres inteligentes, educados o sencillamente ciudadanos respetuosos de la ley, hombres comunes y corrientes, podrían disparar ametralladoras contra cientos de niños todos los días, y contra sus padres y abuelos, y por la noche disfrutar la cadencia de Schiller o de una partita de Bach?

Ese punto de inflexión o hito, esa catástrofe tremenda que traumatizó la historia, ha cambiado para siempre la percepción del hombre con respecto a su responsabilidad para con otros seres humanos. Y el hecho lamentable y terrible es que si las naciones occidentales hubieran intervenido cuando Hitler ocupó Checoslovaquia y Austria; si América hubiera aceptado a más refugiados de Europa; si Gran Bretaña hubiera permitido que un mayor número de judíos regresara a Palestina —actualmente Israel—, su tierra ancestral; si los aliados hubieran bombardeado las líneas férreas que conducían a Birkenau en el tiempo en que los judíos húngaros estaban allí, y eran asesinados a razón de 10.000 por día, nuestra tragedia podría haberse evitado y, seguramente, su magnitud habría sido menor.

Debemos recordar esta indiferencia vergonzosa, igual que debemos acordarnos de dar las gracias a las pocas personas heroicas que, como Raoul Wallenberg, la población de Le Chambord, Francia, y algunas otras personas, aunque pocas, arriesgaron la vida para salvar a judíos. Siempre recordaremos los ejércitos que liberaron Europa, los sacrificios que realizaron, y a los soldados que liberaron los campos de muerte, los estadounidenses en Buchenwald, los rusos en Auschwitz y los británicos y canadienses en Belsen. Pero para muchas víctimas, todos ellos llegaron muy tarde. Eso también debe recordarse. Cuando el tercer ejército de los Estados Unidos liberó Buchenwald, no hubo alegría en nuestros corazones, sólo dolor. No cantamos. No lo celebramos. Sólo teníamos la fuerza para recitar el *Kaddish*, la oración consagrada a los muertos.

Y ahora, amigos míos, sesenta años más tarde, podríamos preguntar: “¿Por qué tan tarde?” Pero aun así, humilde y respetuosamente, insto a los diplomáticos aquí presentes, que representan a toda la comunidad mundial, a que escuchen las palabras de los testigos. Como Jeremías y Job en la Biblia, podríamos haber llorado y maldecido los días dominados por la injusticia y la violencia; podríamos haber optado por la venganza. No lo hicimos. Podríamos haber optado por el odio. No lo hicimos. El odio es degradante y la venganza denigrante. Son enfermedades. En su historia

predomina la muerte. El testigo judío que soy habla del sufrimiento de su pueblo como advertencia. Hace sonar las alarmas para evitar que estas tragedias les sucedan a otros. Y sí, estoy convencido de que, si el mundo hubiera escuchado a los que entre nosotros trataron de hablar —y nadie escuchó— podríamos haber evitado lo que ocurrió en Darfur, en Camboya, en Bosnia y, de hecho, en Rwanda.

Sabemos que, para los muertos, ya es demasiado tarde. Para ellos, abandonados por Dios y traicionados por la humanidad, la victoria llegó demasiado tarde. Pero no es demasiado tarde para los niños del presente, los nuestros y los suyos. Es sólo por su bien que damos testimonio. Es por su bien que tenemos el deber de denunciar el antisemitismo y sus horrores y fealdad, el racismo y su estupidez, y el odio de carácter religioso o étnico y sus peligros. Aquellos que hoy preconizan la práctica del culto a la muerte y la ejecutan; aquellos que emplean el terrorismo suicida, el flagelo del nuevo siglo, deben ser procesados y condenados por crímenes de lesa humanidad. El sufrimiento no confiere privilegios. Lo que se haga con el sufrimiento es lo que importa. Sí, el pasado está en el presente, pero el futuro está todavía en nuestras manos, tanto en las suyas como en las mías.

Aquellos que sobrevivimos Auschwitz promovemos la esperanza, no la desesperación; la generosidad, no el rencor ni la amargura; la gratitud, no la violencia. Debemos asumir un compromiso. Debemos rechazar la indiferencia como opción. La indiferencia siempre ayuda al agresor, nunca a sus víctimas. Y ¿qué es la memoria sino una respuesta noble y necesaria contra la indiferencia?

Así que hoy, muchos de nosotros estamos agradecidos a las Naciones Unidas, porque consideramos que este es un día histórico. Estamos agradecidos a los representantes por escuchar, por estar aquí y por actuar. Pero, como maestro, siempre creo en las preguntas, y la pregunta es: ¿aprenderá el mundo alguna vez?

El Presidente (*habla en francés*): De conformidad con la decisión adoptada antes, doy ahora la palabra al Sr. Brian Urquhart, veterano de las Fuerzas Aliadas y ex Secretario General Adjunto.

Sr. Urquhart (*habla en inglés*): Al conmemorar la liberación del peor de todos los campos de concentración nazis, Auschwitz, recordamos aquí, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, el crimen inimaginable que se perpetró en Europa durante más de

un decenio hace apenas 60 años, un crimen que acaba de evocar Elie Wiesel, como sólo él podría hacerlo.

En abril de 1945, fui uno de los primeros soldados de las Fuerzas Aliadas que llegó al campo de Bergen-Belsen. Belsen se había establecido relativamente ya muy avanzada la guerra para recibir, entre otras víctimas, a sobrevivientes de campos del este, incluido Auschwitz, que podrían haber sido tomados por el Ejército soviético.

He utilizado la palabra inimaginable porque el panorama que encontramos en Belsen era verdaderamente inimaginable. A muchos de nosotros nos habían horrorizado durante mucho tiempo el antisemitismo y la persecución nazis a la que sometían a los judíos. De hecho, yo personalmente, desde 1933 en adelante, era sumamente consciente de ello porque la escuela que dirigían mi madre y mis hermanas en el oeste de Inglaterra acogió a muchas niñas judías que huían de Alemania y, más tarde, de Austria. Y, por supuesto, conocí a varios refugiados judíos cuando estuve en Oxford antes de la guerra.

Pero hasta que se vio la espantosa realidad, fue imposible imaginar el amplio sistema de aniquilación racial del cual Belsen era sólo un pequeño integrante, un sistema destinado al asesinato lento de millones de seres humanos inocentes, a la profanación deliberada de millones de almas en condiciones deliberadamente repugnantes y degradantes; y todo ello en nombre de una ideología demencial y perversa.

En Belsen había muertos y moribundos por doquier. Cundían el cólera, el tifus, la viruela, el sarampión y la disentería, por no hablar de la hambruna generalizada. Dos paredes en la zona de recreo de los niños —si se puede llamarla así— estaban conformadas por cadáveres humanos colocados prolijamente uno sobre el otro. Ese es uno de los problemas de la prevención del genocidio: para las personas comunes, es sencillamente inimaginable hasta que verdaderamente ocurre y entonces pueden comprobarlo por sí mismas. Y, claro está, para entonces ya es demasiado tarde para impedirlo.

Incluso tras los horrores cotidianos de seis años de guerra mundial, los campos de concentración nazis conmovieron al mundo entero. Demostraron al mundo que la paz —ese objetivo tan anhelado— no era suficiente. Demostraron al mundo que aún era posible, incluso en Europa, que un Gobierno o un grupo que ejerciera el control, dominado por un ataque de fanatismo

o una ideología, asesinara a millones de personas inocentes. Demostraron al mundo que las explosiones impredecibles de inhumanidad del hombre contra el hombre exigían una norma universalmente aceptada para los derechos humanos.

Esa norma se redactó con una rapidez sorprendente bajo la dirección de Eleanor Roosevelt y se aprobó en 1948 aquí, en la Asamblea General, como Declaración Universal de Derechos Humanos. Pero casi 60 años más tarde, lo que aún no hemos podido establecer es un método fiable para proteger y hacer valer esos derechos en todo el mundo. Como el Secretario General nos ha recordado, desde 1948, por lo menos en tres oportunidades, el mundo y las Naciones Unidas no pudieron impedir un genocidio importante, y en este preciso momento puede estar cometándose un genocidio en Darfur.

Recientemente, el Secretario General y otros han presentado propuestas más enérgicas para impedir tales violaciones flagrantes de los derechos humanos. Esta conmemoración de la liberación de Auschwitz constituye un recordatorio para los Gobiernos y para todas las numerosas personas interesadas sobre la importancia vital que reviste este objetivo. Esta conmemoración sirve para evocar lo que los seres humanos, impulsados por el odio o el temor o por alguna ideología perversa, aún son capaces de hacer al prójimo, contra todo pensamiento racional.

El recuerdo de esos millones de víctimas inocentes que perecieron en los campos de concentración nazis y de muchísimas otras personas desde entonces nos impulsa a actuar, una súplica que proviene de más allá de las tumbas: “nunca más”.

Tema 7 del programa

Conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis

El Presidente (*habla en francés*): Tiene ahora la palabra el representante de Israel, el Viceprimer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores de Israel, Excmo. Sr. Silvan Shalom.

Sr. Shalom (Israel) (*habla en inglés*): Hace 60 años, los soldados de las Fuerzas Aliadas llegaron a los portones del campo de concentración de Auschwitz. No estaban preparados para lo que verían allí ni en los otros campos que liberaron: el hedor de los cadáveres, las pilas de vestimentas, de dientes, de zapatos de

niños. Pero en los relatos de los liberadores, más que en el hedor, incluso más que en las pilas de cadáveres, la historia de horror se reflejaba en los rostros de los sobrevivientes.

El de Harold Herbst, un liberador estadounidense en Buchenwald, es el relato típico de muchos:

“Al recorrer los barracones ... escuché una voz, me volví y vi un esqueleto viviente que me hablaba. Me dijo: “¡Gracias a Dios que han llegado!”. Y fue una sensación extraña. ¿Alguna vez hablaron con un esqueleto que les respondiera? Y eso era lo que yo estaba haciendo. Y más adelante vi montañas de esqueletos vivientes que los alemanes habían dejado tras de sí.”

Hace miles de años, el profeta Ezequiel tuvo una visión semejante. En uno de los pasajes más famosos de la Biblia, el profeta describe cómo llegó a un valle colmado de huesos. Los huesos, dice Ezequiel, son la Casa de Israel. Y los huesos están secos y la esperanza se ha perdido. Ante esta visión, el profeta pregunta: ¿Vivirán estos huesos? ¿Vivirán estos huesos? Ezequiel formuló la pregunta que todos los liberadores de los campos se preguntaron: ¿Puede surgir alguna esperanza o humanidad de tal horror? ¿Vivirán estos huesos?

Hoy están aquí conmigo aquellos que han dado vida a los huesos secos, tanto los sobrevivientes como los liberadores. Personas como Dov Shilansky, que luchó en el ghetto y que luego llegó a ser presidente del parlamento de Israel, el Knesset; Yossi Paled, que, después de ser evacuado de los terrores de los nazis, llegó a ser General de División de las Fuerzas de Defensa de Israel a fin de proteger a su pueblo de los horrores de otra calamidad; y David Grinstein, que sobrevivió los campos de trabajos forzados y ahora encabeza una organización que lucha por la indemnización para las personas que se vieron obligadas a realizar trabajos forzados bajo el nazismo; y mujeres como Gila Almagor, actualmente la gran dama del teatro y el cine de Israel, que ha traducido sus experiencias como hija de un sobreviviente del Holocausto en un arte que ha conmovido a millones de personas.

Cuando vemos lo que los sobrevivientes han logrado crear, construir y aportar a la humanidad —familias, carreras, literatura, música, incluso países— no podemos sino maravillarnos ante su fortaleza y valentía. Al mismo tiempo, cuando observamos lo que los sobrevivientes han dado a la humanidad, no podemos sino comenzar a imaginarnos lo que hubieran

podido brindar al mundo los millones de personas que no sobrevivieron. Lloramos su pérdida hasta el día de hoy. Cada fibra de nuestro pueblo siente su ausencia. Cada familia conoce el dolor, incluida la mía: los abuelos de mi esposa y siete de sus ocho hijos fueron capturados y asesinados.

Israel y el pueblo judío están en deuda con los liberadores de los campos de exterminio, al igual que toda la humanidad. Frente a una perversidad indescriptible, esos liberadores, procedentes de muchas de las naciones representadas hoy aquí, demostraron que el ser humano es capaz de hacer el bien. Ante la indiferencia apabullante por los sufrimientos del prójimo, demostraron compasión; y frente a la cobardía, demostraron valor y decisión.

Reconocemos también la valentía y la humanidad de los “justos entre las naciones”, que se negaron a mirar hacia otro lado, personas como Raoul Wallenberg, que salvaron a miles de judíos y cuya sobrina, Nane, está aquí hoy con nosotros. Esos héroes ayudaron a que nuestros huesos secos volvieran a cobrar vida.

Los huesos secos han vuelto a vivir, no solamente en la vida de los sobrevivientes, sino también en dos entidades creadas sobre las cenizas del Holocausto: las Naciones Unidas y el moderno Estado de Israel.

La tragedia del Holocausto dio gran impulso al restablecimiento del hogar del pueblo judío, en su antigua tierra. Como Israel afirmó en su Declaración de Independencia:

“El ... Holocausto, que dejó sepultados a millones de judíos en Europa, demostró de nuevo la urgencia de restablecer el Estado judío, que solucionaría el problema de la inexistencia de una patria para los judíos al abrir las puertas a todos los judíos y que situaría a los judíos en condiciones de igualdad en la familia de naciones.”

Y, de hecho, a partir de su creación, Israel ha proporcionado amparo y seguridad a los judíos que sufren la persecución en todo el mundo. Al mismo tiempo, ha construido una sociedad basada en los valores de la democracia y la libertad de todos sus ciudadanos, en la que la vida y la cultura, la literatura y la religión y el aprendizaje del pueblo judío —todo lo que los nazis trataron de destruir— pueden florecer y prosperar. El hecho de que tantos sobrevivientes vinieran y contribuyeran a la construcción del Estado de Israel fue de

por sí una concreción notable de la profecía de Ezequiel. Como dijo el profeta:

“Así dice el Señor: He aquí, que os haré salir de vuestras tumbas, pueblo mío. Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis en vuestro suelo, en el suelo de Israel.”

Si Israel representa un esfuerzo heroico por hallar una respuesta positiva a las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial, las Naciones Unidas representan otro. Las primeras cláusulas de la Carta de las Naciones Unidas dan fe de que los fundadores consideraban que esta nueva Organización internacional debía ser la respuesta del mundo a la maldad, que se trata de “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra” y “reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre” y en “la dignidad y el valor de la persona humana”.

Al reunirnos hoy aquí, en este Salón —en el que con tanta frecuencia se ha denostado a Israel—, para celebrar este período extraordinario de sesiones histórico, honramos a las víctimas, presentamos nuestros respetos a los sobrevivientes y rendimos homenaje a los liberadores. Nos reunimos hoy aquí para quienes recuerdan, para quienes han olvidado y para quienes no lo saben. Pero también nos reunimos para recordar que la Carta de las Naciones Unidas, al igual que la Declaración de Independencia de Israel, se escribió con la sangre de las víctimas del Holocausto. Y nos reunimos hoy aquí para reiterar nuestro compromiso con los nobles principios sobre la base de los cuales se fundó la Organización.

Esa ratificación es hoy más necesaria que nunca. En el decenio pasado fuimos testigos de un aumento escalofriante de los intentos por negar la existencia misma del Holocausto. Por increíble que resulte, hay quien borraría de la historia 6 millones de asesinatos. ¿Acaso podría haber algo peor que destruir sistemáticamente a un pueblo; arrancar a los dignos ciudadanos judíos de Viena, Frankfurt y Vilna, e incluso de Túnez y Libia; quemar sus libros sagrados; robarles la dignidad, el cabello, los dientes; convertirlos en cifras, en jabón, en las cenizas de Treblinka y Dachau?

La respuesta es sí, hay algo peor: hacer todo esto y luego negarlo; hacer todo esto y luego quitarles a las víctimas —y a sus hijos y nietos— la legitimidad del dolor que sienten. Negar el Holocausto no solamente equivale a deshonorar a las víctimas e insultar a los sobrevivientes, sino que también equivale a privar al

mundo de sus lecciones, lecciones que son tan cruciales hoy como lo fueron hace 60 años. Esas lecciones son cruciales hoy por tres razones apremiantes.

La primera razón es que hoy, una vez más, el flagelo del antisemitismo está alzando cabeza. ¿Quién podría haber imaginado que, menos de 60 años después de Auschwitz y de Bergen-Belsen, el pueblo judío e Israel serían objeto de ataques antisemitas, incluso en los países que fueron testigos de las atrocidades que cometieron los nazis? No obstante, eso es exactamente lo que está ocurriendo. El Holocausto nos enseña que, si bien los judíos pueden ser los primeros en padecer el odio destructivo del antisemitismo, raras veces han sido los últimos.

Las lecciones del Holocausto son cruciales en la actualidad por una segunda razón: que hoy, nuevamente, somos testigos del mismo proceso de deslegitimación y deshumanización, dirigido contra los judíos y otras minorías, que allanó el camino hacia la destrucción. No lo olvidemos: el exterminio brutal de un pueblo no comenzó con tanques o pistolas, sino con palabras, en las que se describía sistemáticamente a los judíos —los otros— como menos que legítimos y menos que humanos. No olvidemos ese hecho cuando encontremos en periódicos y libros de texto actuales caricaturas y textos tomados del diario nazi *Der Stürmer* para representar a judíos e israelíes.

Y, por último, esas lecciones son cruciales hoy porque, una vez más, somos testigos de un ataque violento contra el principio fundamental de la naturaleza sacrosanta de la vida humana. Quizá la idea más fundamental que la Biblia ha aportado a la humanidad es el simple hecho de que todo hombre, toda mujer y todo niño es creado a imagen de la divinidad y por ello su valor es infinito. Para los nazis, el valor del hombre era finito, incluso desdeñable. ¿Cuánto trabajo podía realizar? ¿Cuánto cabello tenía? ¿Cuántos dientes de oro?

Para los nazis, la destrucción de un ser humano, o de 100, o de 1.000, o de seis millones, no tenía ninguna importancia. Era sólo un medio para lograr un fin demoníaco. Hoy, nuevamente, nos enfrentamos a las fuerzas del mal, para las cuales la vida humana —ya sea la de los civiles contra los que arremeten, o la de su propia juventud, a la que emplean como arma— carece de valor y únicamente constituye un medio para alcanzar un fin.

Nuestros sabios nos enseñan que: “Aquel que trunca una sola vida, es como si hubiera truncado un

mundo entero”. Ninguna vida humana es menos importante que un mundo. Ninguna ideología, ni interés político puede justificar o disculpar la destrucción deliberada de una vida inocente.

Para seis millones de judíos, el Estado de Israel llegó demasiado tarde. Para ellos, y para muchísimos otros, las Naciones Unidas también llegaron demasiado tarde. Pero no es demasiado tarde para renovar nuestro compromiso con los propósitos para los cuales las Naciones Unidas se fundaron. No es demasiado tarde para trabajar por una comunidad internacional que refleje plenamente esos valores; que sea inflexible a la hora de combatir la intolerancia contra las personas de todos los credos y orígenes étnicos; que rechace la equivalencia moral; y que llame a la maldad por su nombre.

Nunca sabremos si, de haber existido entonces las Naciones Unidas, se habría podido impedir el Holocausto. Pero este período extraordinario de sesiones que celebramos hoy confirma la necesidad de que las Naciones Unidas, así como cada Estado Miembro en forma individual, procuren velar por que ello no ocurra nuevamente.

En ese contexto, deseo felicitar al Secretario General porque gracias a su criterio moral y a sus dotes de mando se ha hecho realidad este período extraordinario de sesiones, y a mis homólogos los Ministros de Relaciones Exteriores por estar presentes hoy aquí. A medida que el número de sobrevivientes sigue disminuyendo, nos aproximamos al momento en el que ese acontecimiento terrible deje de ser un recuerdo para convertirse en historia. Comprometámonos todos los que estamos aquí reunidos a no olvidar jamás a las víctimas, a no abandonar jamás a los sobrevivientes y a no permitir jamás que un acontecimiento de esa naturaleza se repita; jamás.

Como Ministro de Relaciones Exteriores de Israel, Estado soberano del pueblo judío, estoy aquí ante ustedes para jurar, en nombre de las víctimas, de los sobrevivientes y de todo el pueblo judío: nunca más.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra el Representante Especial del Presidente de Polonia y Miembro del Parlamento, Sr. Bronislaw Geremek.

Sr. Geremek (Polonia) (*habla en inglés*): Estoy aquí hoy como representante de Polonia, país cuyo territorio fue escenario del Holocausto y de los crímenes más espantosos de la historia durante la ocupación nazi. Es difícil hablar del Holocausto, hallar las palabras

adecuadas para expresar nuestros pensamientos y sentimientos.

Nuestro debate tiene como tema cierto ataque —eficaz y extremadamente trágico en sus consecuencias inmediatas y a largo plazo— contra el código ético de toda civilización democrática, y especialmente contra el mandamiento que dicta: “No matarás”. El sistema de los campos de concentración nazis, junto con los centros de exterminio de grupos étnicos y sociales determinados, costaron a Europa la vida de por lo menos 10 millones de seres humanos. En nombre de la protección de la humanidad, jamás debemos olvidar esa lección que nos enseñó la historia.

Los campos de concentración nazis existieron de una u otra forma en todos los lugares de Europa ocupados por los alemanes y sus aliados, en la propia Alemania y en la Austria anexada. No obstante, su impronta más trágica la dejaron en los países ocupados, y principalmente en Polonia. Por esa razón, nuestro país tiene un interés especial por esta cuestión.

Polonia perdió una gran parte de su elite espiritual y política en los campos de concentración nazis, junto con unos 3 millones —o un 90%— de sus ciudadanos judíos. Fue en la Polonia ocupada que la Alemania de Hitler instaló Auschwitz, su campo de concentración más grande y el mayor centro destinado al aniquilamiento de los judíos y romaníes europeos, y un lugar donde se asesinaba y se sometía a sufrimientos a otros también. El campo de Auschwitz llegó a simbolizar los crímenes cometidos por los nazis.

Si bien Auschwitz pasó a ser el símbolo del Holocausto y el genocidio, en el territorio de Polonia también funcionaron otros campos de muerte, como Belzec, Sobibór, Treblinka, Majdanek y Chelmno. Ha de entenderse que, aunque los campos estaban ubicados en territorio polaco, no eran campos polacos, en contra de la retórica de algunos historiadores y medios de comunicación. Los campos fueron creados por la Alemania nazi, que ocupaba Polonia.

Si se me permite introducir una observación personal, para mí Auschwitz es el cementerio de mi familia; mi padre fue asesinado allí. Además, la expresión “campos polacos” no sólo confunde, sino que, me atrevo a decir, hiere profundamente los sentimientos de los polacos.

La Alemania nazi escogió Polonia como lugar para la matanza de judíos europeos por dos razones

vinculadas entre sí. Primero, la mayoría de los judíos sentenciados —desde los bebés hasta los ancianos— vivía en Europa central y oriental. Segundo, los culpables esperaban ocultar su crimen de la mirada del mundo ejecutándolo lejos de Europa occidental. La intención era que el crimen fuera para siempre un secreto de Estado.

Polonia es consciente del papel especial que le corresponde, que dimana del hecho de que tiene a su cuidado todos esos lugares de recuerdo, tan importantes para el mundo entero, del mayor crimen cometido en el segundo milenio, de recuerdo de las personas que sufrieron y murieron. Es una responsabilidad moral profunda e ingente, un mandato que cumplimos en nombre de toda Europa y del resto del mundo, una misión que sentimos nos corresponde.

Nuestra dedicación a esta misión especial se evidencia en el hecho de que se celebrarán ceremonias solemnes por iniciativa del Gobierno de Polonia en el emplazamiento del antiguo campo de concentración de Auschwitz para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación del campo por el ejército soviético.

Nuestro país no escatimará esfuerzos para garantizar que se preserven a largo plazo los vestigios de los campos de concentración y centros de exterminio que establecieron en Polonia los ocupantes alemanes, a fin de convertirse en lugares abiertos al mundo, en los que la reflexión y la educación históricas tengan lugar con un espíritu de democracia y tolerancia.

Es nuestro deber no sólo preservar la memoria de lo sucedido, sino también concienciar a las jóvenes generaciones en un espíritu de tolerancia, respeto de los derechos humanos y sensibilidad ante cualquier manifestación de discriminación. Este objetivo puede alcanzarse mediante la puesta en marcha de programas didácticos, como los concebidos en el Centro para la Educación sobre Auschwitz y el Holocausto, para Oświęcim, y mediante el Instituto de la Paz y la Reconciliación, que estudiará los casos contemporáneos de genocidio.

Polonia también ha llevado a cabo programas de intercambio de jóvenes, que son la mejor manera de activar el diálogo. Los estereotipos a los que se aferran las nuevas generaciones se combaten con las experiencias personales y el contacto directo entre las personas. Un ejemplo de ello es la conmovedora y dramática Marcha de los Vivos, que se celebra cada año con la

participación de jóvenes judíos y polacos, organizada por el Museo Auschwitz-Birkenau.

Para concluir, quisiera repetir el nombre de Majdanek. En Majdanek, se recogieron en una gran urna de hormigón las cenizas de los que fueron asesinados, que constituye un monumento a la memoria de las víctimas. La urna lleva una inscripción que ningún visitante puede dejar de leer: “Nuestro destino debe ser una advertencia para todos ustedes”.

De esto es de lo que deberíamos hablar hoy. Aquellos que murieron en las cámaras de gas, que murieron de inanición o a consecuencia del trabajo inhumano, en Auschwitz y en otros campos de concentración, no pueden ser olvidados jamás. Que en nuestros días, en los que somos testigos del odio, el sufrimiento y el exterminio de víctimas en diferentes partes del mundo, su destino nos sirva de advertencia.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra el Sr. Vladimir Lukin, Comisionado para los Derechos Humanos de la Federación de Rusia.

Sr. Lukin (Federación de Rusia) (*habla en ruso*): El acontecimiento al cual está dedicada hoy la sesión de la Asamblea General tiene una significación histórica y singular. Hace sesenta años, en la última fase de la derrota del nazismo hitleriano durante la Segunda Guerra Mundial, las tropas soviéticas liberaron, en su ofensiva, uno de los más monstruosos campos de muerte, el de Auschwitz-Birkenau. Entre los que sufrieron de tortura en ese campo había judíos y gitanos, ciudadanos de 17 países. Desde entonces y para siempre, Auschwitz-Birkenau, Treblinka, Buchenwald, Dachau y Mauthausen han quedado grabados en la memoria de la humanidad como los símbolos más malvados del implacable exterminio de millones de personas totalmente inocentes. ¡Que siempre vivan en nuestro recuerdo y sirvan como eterna advertencia! Inclínamos la cabeza ante las víctimas del bárbaro exterminio que tuvo lugar en los campos de muerte y recordamos con gratitud a aquellos que, a costa de su propia vida, lucharon contra el nazismo, la opresión, el racismo y la agresión.

La Segunda Guerra Mundial, un hecho sin precedentes por su escala y por las pérdidas que provocó, obligó a toda la humanidad civilizada a poner a un lado sus diferencias y sus opiniones opuestas y a cerrar filas contra el peligro letal de la esclavización nazi. La victoria conquistada fue una victoria de todos, una victoria que insufló un poderoso impulso de solidaridad a la

comunidad internacional, uno de cuyos resultados fue la creación de las Naciones Unidas.

Habiendo pagado un terrible precio, soportado sufrimientos y visto morir a millones de personas, los pueblos del mundo se percataron de que no había alternativa a un sistema de seguridad colectiva, que se consagró en la Carta de las Naciones Unidas. Hoy, no debemos olvidar que tratar de despojar de sus derechos democráticos a los ciudadanos, como proclama la Declaración Universal de Derechos Humanos, conduce directamente al ejercicio de una voluntad absoluta y arbitraria. De ahí a los crímenes que recordamos con horror y repugnancia sólo hay un paso. Nuestro país, con su trágica experiencia de obstinación e ilegalidad en los tiempos de la dictadura comunista, nunca lo olvidará.

Sería una locura permitírnos olvidar y borrar de nuestro recuerdo las terribles lecciones de la agresión y la brutalidad nazis. Tenemos el deber de honrar la memoria de todos los que perecieron, para evitar incluso la posibilidad de que vuelva a ocurrir una guerra mundial, así como el deber de reunir una vez más los esfuerzos de la comunidad internacional para hacer frente a los nuevos retos y amenazas, reconociendo y admitiendo, con respeto, el papel central de las Naciones Unidas.

Al recordar los años terribles de la guerra, nuestros recuerdos nos deben servir para no olvidar jamás la necesidad de contrarrestar con firmeza los intentos de cambiar la historia, de desviarse de los criterios claros, históricos y morales vigentes respecto del fascismo y, especialmente, los intentos de convertir en héroes a los nazis y a las gentes de su calaña, enemigos todos ellos de la democracia y de los fundamentos jurídicos de la sociedad.

Recientemente, en varios Estados europeos que sufrieron terriblemente a consecuencia de los crímenes nazis, se han convocado manifestaciones públicas de apoyo a quienes, durante la Segunda Guerra Mundial, lucharon junto a la Alemania de Hitler, como miembros de las unidades de la SS. En realidad, la intención que se oculta detrás de esas demostraciones de reconocimiento público a los antiguos secuaces del fascismo equivale, de hecho, a una incitación a reexaminar las decisiones del Tribunal de Nuremberg, que decidió considerar criminales de guerra a todos los miembros de las unidades de la SS. Cualquier otra valoración de los actos que perpetraron durante la Segunda Guerra

Mundial sería un insulto a la memoria de los millones de víctimas del nazismo.

Es incuestionable la necesidad de consolidar los esfuerzos de la comunidad internacional para oponer resistencia a los intentos de rehabilitar e idealizar el nazismo y otras formas de racismo y totalitarismo militantes. Con ese fin, quisiéramos, una vez más, exhortar a todos los países a aplicar los acuerdos internacionales pertinentes, en particular la resolución aprobada por la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas el 16 de abril de 2004 sobre la inadmisibilidad de ciertas prácticas que contribuyen a alimentar las formas contemporáneas del racismo, la discriminación racial, la xenofobia y la intolerancia que entrañan.

Proteger los tesoros de la historia intelectual mundial y los monumentos históricos de los intentos extremistas por destruirlos sigue siendo un objetivo de gran pertinencia. No actuar en este sentido o quedarse indiferente ante la profanación de los monumentos consagrados a los héroes y las víctimas de la Segunda Guerra Mundial sólo puede ser un elemento a favor de quienes apoyan ideologías nacionalistas extremistas. Estamos obligados a constatar con tristeza que fenómenos como el antisemitismo, el racismo y la xenofobia no han desaparecido en absoluto de nuestra vida actual. Es especialmente preocupante el carácter extendido de este fenómeno entre la generación más joven de varios países. Para nadie es un secreto que muchos de los actos de antisemitismo, como la profanación de cementerios judíos y sinagogas, han sido instigados por facciones de jóvenes radicales, como los cabezas rapadas.

Recientemente, en nuestro país, gracias a la presión de la opinión pública y de los defensores de los derechos humanos, los tribunales han dictado varias sentencias severas contra individuos culpables de perpetrar tales actos. Creemos que la lucha contra el extremismo, el antisemitismo y la ideología de la supremacía racial sólo puede librarse a partir del concurso de los esfuerzos de toda la comunidad internacional.

Este período extraordinario de sesiones es uno de los eslabones más importantes de la cadena de eventos solemnes dedicados al sexagésimo aniversario de la gran victoria sobre el fascismo. Como se sabe, nuestro país hizo una contribución decisiva a la derrota militar del fascismo. El 22 de noviembre de 2004, por iniciativa de Rusia y un grupo de países de la Comunidad de Estados Independientes, a los cuales se asociaron otros

países, la Asamblea General aprobó por consenso una resolución mediante la cual se proclamaban el 8 y el 9 de mayo días dedicados al recuerdo y la reconciliación. A partir de ahora, esos días se conmemorarán anualmente como homenaje y manifestación de respeto a todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial.

La significación histórica de la victoria en la Segunda Guerra Mundial no se puede disociar de la misión insustituible que durante seis decenios han venido llevando a cabo las Naciones Unidas. La propia creación de esta Organización mundial fue fruto, sobre todo, de los esfuerzos realizados por la coalición contra Hitler y habría sido inconcebible si no hubiera vencido al fascismo.

Los desafíos y las amenazas actuales, así como la experiencia histórica que los precedieron, demuestran claramente que no hay otra alternativa que una intensificación universal del mantenimiento de la paz y el fortalecimiento de las posibilidades de las Naciones Unidas para combatir el terrorismo, así como el aumento de la eficacia de sus actividades como mecanismo central de coordinación de las relaciones entre Estados y como fundamento para el establecimiento de un nuevo orden mundial más seguro y más justo, en el cual predomine el derecho internacional, sobre la base de los principios de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Rusia está entregada al logro de esos objetivos y está dispuesta a cooperar de manera constructiva en esa esfera con todos los Estados interesados.

Para concluir, deseo recalcar nuevamente que la fecha histórica a la que está dedicado este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General se considera en Rusia como un homenaje a los millones de víctimas de la pesadilla del nazismo. Ese Auschwitz que fue liberado y aniquilado hace 60 años no debe volver a ocurrir nunca jamás en ningún rincón del planeta.

El Presidente (*habla en francés*): Ahora tiene la palabra el representante de los Estados Unidos de América, Sr. Paul Wolfowitz, Secretario Adjunto de Defensa.

Sr. Wolfowitz (Estados Unidos de América) (*habla en inglés*): Sr. Presidente: Deseo agradecerle que haya convocado este vigésimo octavo período extraordinario de sesiones, y también doy las gracias a los Estados Miembros que apoyaron la solicitud de conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de exterminio nazis.

Quiero dar las gracias al Secretario General por la declaración elocuente que ha formulado hoy y por haber promovido esta iniciativa. También expreso mi gratitud a Sir Bryan Urquhart por los servicios que prestó durante la guerra y por su testimonio de hoy. Vaya nuestro agradecimiento especial a Elie Wiesel no solamente por las palabras ejemplares que ha pronunciado hoy aquí, sino también por todo lo que nos ha enseñado con su vida. Elie Wiesel nos ha enseñado que en situaciones extremas, cuando la vida y la dignidad humanas están en juego, la neutralidad es un pecado. Porque ayuda a los asesinos, como dice él, y no a las víctimas.

Elie Wiesel nos enseña que debemos hablar de los hechos inenarrables, para que no se olviden ni se repitan. Principalmente, brinda el testimonio personal de que, ante la más terrible opresión, siempre existe la esperanza de que se imponga la bondad del espíritu humano.

Ese es el significado trascendental del motivo de esta reunión. Estamos aquí para reflexionar, ante la magnitud de la ocasión, sobre la manera en que la perversidad totalitaria se cobró millones de vidas inestimables. Pero es igualmente importante que las naciones miembros aquí presentes reafirmen su rechazo a esa perversidad y formulen una declaración de esperanza en un futuro más civilizado, la esperanza de que “nunca más” el mundo mire hacia otro lado ante una perversidad semejante.

Y es que, si algo ha aprendido el mundo es que las naciones que aman la paz no pueden cerrar los ojos ni quedarse de brazos cruzados ante el genocidio. Costó una guerra, la guerra más terrible de la historia, para poner fin a los horrores que recordamos hoy. Fue una guerra que Winston Churchill denominó “la guerra innecesaria”, porque consideraba que la aplicación de una política firme y concertada por las naciones pacíficas del mundo podría haber detenido a Hitler al comienzo. Pero fue una guerra que pasó a ser necesaria para salvar al mundo de lo que Churchill correctamente llamó “el abismo de una era oscura, más siniestra ... por la luz de una ciencia perversa”.

También conocemos esta verdad: que una guerra, aunque sea justa y noble, es terrible para todo el que se vea afectado por ella. La guerra no es algo que los estadounidenses busquemos, ni tampoco algo que nos llegue a gustar. A lo largo de nuestra historia, hemos

ido a la guerra con renuencia, pero la hemos librado como deber cuando ha sido necesario.

Nuestra propia guerra civil fue una de las más sangrientas que el mundo había conocido hasta entonces. Se libró también para poner fin a un gran mal. Cuando estaba por concluir esa guerra de manera sangrienta, el Presidente Abraham Lincoln se dirigió a la nación esperando que la guerra terminara pronto, pero dijo que continuaría, de ser necesario hasta que, como manifestó, “cada gota de sangre arrancada con el látigo sea pagada por otra vertida por la espada”.

Dos meses después de la Batalla de Antietam, en la que el número de estadounidenses muertos fue cuatro veces mayor que el de los que cayeron en las playas de Normandía, el Presidente Lincoln dijo a los miembros del Congreso de los Estados Unidos que aquellos que detentaban el poder y tenían la responsabilidad no podrían desembarazarse de la carga de la historia. Dijo: “Salvaremos noblemente la última esperanza de la tierra o la perderemos vilmente”.

Los estadounidenses han luchado a menudo para liberar a otros de la esclavitud y la tiranía a fin de proteger su propia libertad. Los cementerios que hay desde Francia hasta el norte de África, con sus hileras de cruces cristianas y estrellas de David, son prueba de esa verdad.

Cuando los estadounidenses hemos tomado las armas, ha sido creyendo que, en última instancia, nunca se ha tratado de algo que sólo nos incumbiera a nosotros, conscientes de que, portamos, intrínseco a nuestra libertad, un manto de responsabilidad y conscientes de que el mundo entero se beneficia cuando los pueblos son libres para hacer realidad sus sueños y desarrollar su capacidad.

Hoy recordamos a las personas que fueron víctimas de la tiranía debido a sus opiniones políticas, su origen étnico o su religión, en lugares en los que se perfeccionó el asesinato de seres humanos como una industria eficiente y sistemática del Estado. No podemos sino imaginar lo distinta que sería nuestra vida si esos millones de almas en pena hubieran tenido la oportunidad de vivir sus sueños.

Hoy, también rendimos homenajes a todos los soldados de muchas naciones aliadas que participaron en la liberación de los campos de exterminio nazis por su valor y sacrificio y por los cuidados que proporcionaron a los sobrevivientes.

Nos enorgullece el papel que desempeñaron nuestros propios soldados estadounidenses, los denominados “jóvenes ancianos” de 19 y 20 años de edad, quienes lucharon soportando sus propios horrores en Anzio y Normandía y Bastogne y quienes pensaban que el mundo de la perversidad ya no les depararía más sorpresas, pero que se sintieron conmocionados en lo más profundo de su ser cuando tuvieron que enfrentar las ruinas humanas de la tiranía nazi en la primavera de 1945.

Apenas una semana antes del fin de la guerra en Europa, el Séptimo ejército de los Estados Unidos llegó a Dachau. El Teniente Coronel Walther Fellenz describió lo que vio al aproximarse con la 42ª División de Infantería al portón principal de ese campo de concentración. Era “una multitud de hombres, mujeres y niños medio dementes que gritaban con gran algarabía ... porque sus liberadores habían llegado. El ruido superaba nuestra comprensión”, dijo. “Nuestros corazones lloraron al ver las lágrimas de alegría que rodaban por sus mejillas”.

Al percibir que el triunfo se acercaba, el General Dwight Eisenhower, Comandante Supremo, no estaba preparado para lo que le esperaba en el campo de Ohrdruf. Caminó a lo largo de fosas poco profundas colmadas de miles de cadáveres y vio los instrumentos de tortura que empleaba la SS, le invadió la ira y la necesidad de actuar.

Envío un cablegrama al Jefe de Estado Mayor del Ejército, General George Marshall, con las palabras que ahora están inscritas a la entrada del Museo del Holocausto de los Estados Unidos en Washington: “Las cosas que vi”, escribió Eisenhower, “son indescriptibles ... la evidencia visual y el testimonio verbal de la hambruna, la crueldad y la bestialidad fueron tan abrumadores”. Insistió en ver una sala particular que contenía pilas de hombres esqueléticos desnudos, asesinados por inanición. “Hice la visita a propósito”, dijo, “para estar en condiciones de dar testimonio directo si alguna vez, en el futuro, se desarrolla la tendencia de decir que las acusaciones son ‘propaganda’”.

Eisenhower quería que los demás fueran testigos de ese crimen de lesa humanidad. Por ello, instó a los congresistas y periodistas estadounidenses a visitar los campos. Ordenó que la realidad quedara registrada en una película y que ésta se enseñara a todos los ciudadanos alemanes. Ordenó que viera el campo el mayor número posible de soldados estadounidenses.

Éstos se convirtieron en lo que un escritor llamó “arqueólogos reticentes de los potenciales más inhumanos del hombre”.

Jack Hallet, uno de los soldados que liberaron Dachau, cayó en la cuenta de que resultaba difícil separar a los vivos de los muertos. Al mirar más de cerca la pila de cadáveres observó que en sus entrañas se veían ojos que todavía parpadeaban.

Dan Evers formaba parte del Batallón 286 de Ingenieros Militares, en Dachau. “La puerta de la cámara de gas estaba cerrada”, recordaba “pero los hornos todavía estaban abiertos”. Encima había un cartel que decía en alemán: “Lávense las manos después del trabajo”.

Otro soldado escribió una carta a sus padres, a quienes pidió que la conservaran porque “es mi memorando personal de algo que quiero recordar personalmente pero que me gustaría olvidar”.

Desde Ebensee, el Capitán Timothy Brennan del Tercer Regimiento de Caballería escribió lo siguiente a su mujer y a su hijo: “Es inimaginable que esas cosas existan en el mundo civilizado”.

Desde Mauthausen, en Austria, el Sargento Fred Friendly le escribió a su madre: “No quiero que olvides nunca ni que dejes que olviden nuestros amigos incrédulos, que tu propia carne y tu propia sangre vieron esto. Tu hijo lo vio con sus propios ojos y al hacerlo envejeció 10 años”.

Además de la conmoción y el horror, los soldados estadounidenses y rusos y otros soldados aliados que liberaron los campos también fueron testigos de la esperanza. Mañana, tendremos la oportunidad de escuchar a un soldado estadounidense que nos contará una historia de ese tipo. Mañana, el Lugarteniente John Withers, de la Compañía 3512 de Intendencia de Transporte, compuesta exclusivamente por afroamericanos, nos contará cómo él y sus soldados cambiaron la vida de dos muchachos a los que rescataron de Dachau.

Sin embargo, pese a que estamos muy orgullosos del papel que desempeñaron nuestros soldados en la liberación de los campos de concentración, sabemos que todos llegamos demasiado tarde para la mayoría de las víctimas.

La semana pasada, falleció un gran patriota polaco. Durante la Segunda Guerra Mundial, Jan Nowak, que no era judío, arriesgó la vida al abandonar Polonia

para llevar las noticias del genocidio nazi a occidente. Para mí, fue un privilegio conocer a Jan Nowak en su apartamento de Varsovia, hace tan sólo tres meses. Él recordaba que, tras la guerra, pudo ver las actas de sus reuniones secretas con funcionarios occidentales, en las que no se mencionaba lo que les contó sobre los judíos de Polonia. Nowak lo describió como “molestias de la guerra”. Él decía verdades que la gente no quería saber.

Y, pese a nuestras fervorosas promesas de no olvidar nunca, sabemos que en los sesenta años transcurridos desde la liberación de los campos de concentración, el mundo ha hecho caso omiso de las verdades molestas en demasiadas ocasiones, para no tener que tomar medidas, o que tomó medidas demasiado tarde.

Hoy hemos acordado dejar de lado los problemas políticos contemporáneos para reflexionar sobre esos sucesos de hace 60 años con espíritu de unanimidad. Pero debemos hacerlo con la determinación unánime de dar verdadero significado a esas palabras “no olvidar nunca” y con la determinación de que, aun si nos parece que tomar medidas es demasiado difícil, cuando menos tenemos la obligación de decir la verdad.

El jueves pasado, al iniciar su segundo mandato, el Presidente Bush manifestó su convencimiento de que los intereses de nuestra nación no pueden separarse de las aspiraciones de otras personas a librarse de la tiranía y la opresión. El Presidente dijo:

“Ahora, los intereses fundamentales de América y nuestras más firmes convicciones son una misma cosa. Desde el momento de nuestra fundación, proclamamos que todos los hombres y las mujeres de la Tierra tienen derechos y dignidad, y un valor sin igual ... Generación tras generación, hemos proclamado que el autogobierno es imprescindible porque no hay quien esté en condiciones de ser señor ni quien merezca ser esclavo. La promoción de estos ideales... es el logro honorable de nuestros padres ... y la vocación de nuestro tiempo.”

Los estadounidenses seguimos estando decididos a trabajar con todas las naciones de buena voluntad para aliviar el sufrimiento de nuestros días. Y seguimos teniendo la esperanza de que, cuando las generaciones venideras vuelvan la vista hacia nuestro tiempo, vean que nos consagramos a cumplir el compromiso que surgió de las cenizas de la inhumanidad del hombre con el hombre: Nunca más.

Que no ocurra nunca más y que no olvidemos nunca. Debemos seguir recordando, debemos seguir hablando de lo indecible. Por ello, encomiamos a las Naciones Unidas por recordar el holocausto, acorde con el significado que tiene en la historia de la humanidad. De ese modo, quizá podamos ayudar a evitar semejante inhumanidad y la guerra que entraña.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al representante de Luxemburgo, Excmo. Sr. Jean Asselborn, Viceprimer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores, quien hará uso de la palabra en nombre de la Unión Europea.

Sr. Asselborn (Luxemburgo) (*habla en francés*): Algunos lugares y sucesos no se pierden nunca en la historia, siempre están presentes en el espíritu de los hombres. Auschwitz-Birkenau, Bergen-Belsen, Treblinka y otros campos de exterminio son algunos de esos lugares emblemáticos que subsisten, como una herida siempre abierta, en la conciencia moral de la humanidad. Fue allí donde se puso en práctica el exterminio deliberado, planificado y organizado de millones de seres humanos, en las fábricas de la muerte nazis. Allí es donde la experiencia de la humillación y la negación de los seres humanos llegó a su expresión más absoluta.

La frase desarmante que acaba de pronunciar Elie Wiesel lo resume todo: “Los asesinos fueron allí a matar y las víctimas a morir”. Siempre recordaremos a esos hombres y esas mujeres, esos niños, a los que se persiguió por su raza o su religión, sus convicciones políticas o su nacionalidad y que fueron víctimas de la barbarie y el odio. Su sufrimiento es indecible y sus experiencias incommunicables. Todo lo que nos queda es el deber de recordar y este llamado moral e imprescriptible: “¡Nunca más!”

No obstante, el recuerdo de las víctimas nos impone otro deber, el de intentar comprender la concatenación de las causas y las consecuencias, la lógica funesta que llevó a la muerte a millones de seres humanos, una lógica que 60 años después nos sigue pareciendo incomprensible. Sólo ese tipo de trabajo sobre los hechos históricos nos permitirá extraer las enseñanzas morales y políticas del infierno de los campos de concentración, a fin de evitar que éstos se repitan. Los que no son capaces de recordar el pasado están condenados a repetirlo, nos recuerda George Santayana con su famoso aforismo. Buscar las causas de la Shoah, que golpeó de una forma tan despiadada y ciega a los judíos de Europa, así como las de la voluntad de

exterminar de que fueron víctimas otros hombres y mujeres, es denunciar las ideologías del odio y la exclusión basadas en el antisemitismo, el racismo y la xenofobia que, lamentablemente, como sabemos todos, todavía cuentan con lamentables propagandistas.

El deber de recordar también supone la obligación de educar, sobre todo a las jóvenes generaciones. Ello no sólo es una obligación moral sino, sobre todo, un deber cívico de primer orden que no podemos eludir.

Evidentemente, me emociona mucho poder intervenir hoy en las Naciones Unidas, en nombre de la Unión Europea, en el marco de esta conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración. Esta es la ocasión en que podemos dejar constancia de nuestro respeto por las innumerables víctimas, conocidas o anónimas, de esas fábricas de la muerte. También es la ocasión apropiada para demostrar nuestro apoyo a los ejércitos aliados que, 60 años atrás, pusieron fin a la pesadilla nazi y permitieron la liberación de los escasísimos supervivientes de los campos.

Es muy significativo que este período de sesiones conmemorativo se celebre en las Naciones Unidas, Organización nacida de las cenizas de la guerra y en cuya Carta —en su preámbulo— se evocan los sufrimientos indecibles infligidos a la humanidad. En la misma Carta se proclama el surgimiento de un orden mundial más justo y más pacífico, basado en el respeto de los derechos humanos y el derecho internacional y organizado en torno a instituciones internacionales, recibidas como legado de los visionarios que se reunieron hace 60 años en San Francisco y que crearon las Naciones Unidas, fuentes constantes de inspiración y esperanza para toda la humanidad.

En dos textos magníficos, la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio y la Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobados los días 9 y 10 de diciembre de 1948, respectivamente, se expresa la misma visión, imbuida de humanismo. Poco después de la Segunda Guerra Mundial, también Europa emprendió su aventura con arreglo a la misma perspectiva. Fundamentalmente, el proyecto de Europa fue y sigue siendo un proyecto de paz que, según el Tratado de París de 1951, se encamina a:

“sustituir las rivalidades seculares por una fusión de sus intereses esenciales [de los Estados partes]; a poner, mediante la creación de una comunidad económica, los primeros cimientos de una

comunidad más amplia y profunda entre pueblos tanto tiempo enfrentados por divisiones sangrientas, y a sentar las bases de instituciones capaces de orientar hacia un destino en adelante compartido.”

Así, por conducto de las Naciones Unidas y la Unión Europea, entre otros, se intenta aprender lecciones de la experiencia profundamente traumática de los campos y la guerra.

Debemos mantener vivas esas nobles y sublimes aspiraciones y adaptarlas a las exigencias particulares de nuestros tiempos. Esa es nuestra responsabilidad, nuestro deber y nuestro compromiso. Teniendo presente esa perspectiva es que la poderosa consigna “¡Nunca jamás!”, que invoqué antes, no debe limitarse a ser una mera exhortación moral, por poderosa que pueda ser. Debe ser una guía permanente de nuestra conducta en la definición y la aplicación activa de medidas y políticas que debemos ejecutar. De este modo, la memoria será un recuerdo vívido en un acto genuino de fe, en respuesta al testimonio silencioso, aunque elocuente, que hemos recibido como legado de las víctimas de los campos de exterminio.

Escuchemos la advertencia del poeta Paul Eluard, quien nos recordó que si el eco de sus voces se desvanece, pereceremos. Demostremos que somos dignos de ese legado fundamental.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra el Sr. Marcello Pera, Presidente del Senado de Italia.

Sr. Pera (Italia) (*habla en inglés*): En este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General, tenemos ante nosotros numerosas obligaciones. La lista es larga y la carga que nos impone es pesada.

Tenemos la obligación de decir la verdad. El Holocausto no es producto de la imaginación, ni de la propaganda, ni de la retórica. El Holocausto es un hecho trágico y singular de la historia. Quienes lo niegan, lo subestiman o tratan de enmendarlo sencillamente perpetran otro crimen.

Tenemos la obligación de recordar y respetar el recuerdo de millones de seres humanos que perecieron en las cámaras de gas, que fueron torturados, que murieron de hambre y se vieron obligados a morir de las maneras más humillantes posibles.

Tenemos la obligación de comprender. ¿Cómo fue posible que Europa, en la cumbre de su civilización,

podiera cometer semejante crimen? ¿Cómo pudo la Alemania nazi, la Italia fascista, la Francia colaboracionista y muchos otros llegar a ser responsables —en diferentes formas y en distinta medida, pero en todo caso responsables— de una matanza de esa envergadura? No podemos atribuir esas responsabilidades a la locura repentina de las personas. Cuando países enteros se sumen en la locura es porque a las personas les han lavado el cerebro con ideologías violentas y mitos falsos.

El Holocausto no surgió de la nada. La cultura allanó el camino con ideas tan perversas como la voluntad del poder, el “superhombre”, la conspiración y la superioridad de la raza. La política le dio legitimidad. El régimen nazi proporcionó el resto: un plan cuidadosamente urdido para privar a una población entera hasta de su identidad y existencia.

Tenemos la obligación de comprometernos con el valor fundamental de la dignidad de la persona —de toda persona humana— que Europa aprendió de sus raíces judeocristianas, por el que luchó durante las guerras de religión y perdió cuando fue víctima de la idea de que los individuos no cuentan y de que su autonomía ha de quedar sometida al destino de las masas y los Estados, considerados como sujetos morales independientes.

Tenemos la obligación de enseñar, difundir, defender y apoyar los principios de libertad, tolerancia, respeto y solidaridad, que constituyen el mejor antídoto contra cualquier clase de discriminación. Tenemos la obligación de luchar a favor y en contra: luchar a favor de esas normas e ideales de libertad y democracia que subyacen en una Asamblea como esta y en la Carta de las Naciones Unidas, y luchar contra quienes los niegan.

Por último, tenemos la obligación de admitir que el antisemitismo sigue entre nosotros. Actualmente, también se nutre de diferencias insidiosas como las que se establecen entre Israel y el Estado judío, entre Israel y sus Gobiernos, entre el sionismo y el semitismo. O aflora cuando la lucha por la vida de los israelíes se etiqueta como “terrorismo de Estado”.

Todo ello se traduce en una pregunta inquietante: ¿acaso puede volver a ocurrir un Holocausto? Desde una perspectiva racional, no puede. Los gobiernos totalitarios de Europa han dado paso a la democracia; nuestras sociedades y ciudadanos disfrutan de niveles de libertad sin precedentes; los derechos civiles están garantizados por nuestras constituciones y pactos. Sin embargo, debemos estar alerta ante los nuevos peligros.

Por ser italiano, hago hincapié en Europa y en occidente. Mientras nuestra civilización progresa en prosperidad económica y justicia social, ha dado muestras de retraso y debilidad al abordar las nuevas amenazas que entraña el resurgimiento de conflictos religiosos y el terrorismo internacional, basados en el fundamentalismo y en el fanatismo. La Europa actual se ve sometida a una presión moral y padece una crisis de identidad. Se ve afectada por el relativismo, el nihilismo, el multiculturalismo, el pacifismo y el antimundialismo.

Por consiguiente, no debemos sorprendernos de que, en una encuesta realizada recientemente en Europa, el 60% de los encuestados ubicó a Israel —junto a los Estados Unidos— entre los países que constituyen la mayor amenaza para la paz del mundo, o que Europa no haya podido hacer referencia a sus raíces judeo-cristianas en su Tratado Constitucional.

Esta es una situación deplorable. También es riesgosa, porque si perdemos la fe en nuestros orígenes y distorsionamos nuestra identidad; si creemos que nuestros valores fundamentales no son mejores que otros; si comenzamos a pensar que defenderlos supone un costo demasiado alto; o si cedemos al chantaje y al temor, entonces no tendremos más instrumentos para contrarrestar el racismo antisemita que sigue envenenándonos de los que tenemos para combatir el fundamentalismo y el racismo terrorista que ponen en peligro la coexistencia pacífica. Por el contrario, si tenemos fe en los derechos humanos fundamentales, consagrados en muchas Cartas internacionales; si los consideramos normas válidas que todas las culturas y civilizaciones deben respetar; si nos alzamos ante los tiranos y les complicamos la vida, entonces no volveremos a padecer jamás esas atrocidades, ni atrocidades semejantes.

Se ha hecho mucho. En Italia se han promulgado leyes contra el antisemitismo y el racismo; se han adoptado resoluciones en el Parlamento; se ha dedicado un día nacional para la conmemoración de la Shoah, que se observa todos los años en nuestras instituciones y escuelas. Estamos haciendo muchas cosas, pero es necesario hacer mucho —mucho más— porque el desafío es importante y es mucho lo que está en juego.

Hace 60 años, cuando se abrieron los portones de Auschwitz y otros campos nazis, Europa y todo el mundo civilizado comprendieron que habían desviado la mirada y se sintieron culpables porque no habían tenido la clarividencia suficiente, no habían tenido valor en el momento oportuno, no habían obrado de manera

adecuada. Hoy, debemos hacer exactamente lo contrario. Depende de nosotros. Si queremos, podemos lograrlo.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra el Excmo. Sr. Joschka Fischer, Canciller Federal Adjunto y Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania.

Sr. Fischer (Alemania) (*habla en alemán; texto en inglés proporcionado por la delegación*): El nombre del campo de exterminio de Auschwitz representa la Shoah, el crimen supremo contra la humanidad cometido en el siglo XX.

El 24 de enero de 1945, hace 60 años, en Auschwitz los esbirros de la SS alemana procuraban eliminar con furia todo vestigio de los millones de asesinatos que habían cometido. Se quemaban archivos, se destruían cámaras de gas, se desmantelaban incineradores. Innumerables prisioneros exhaustos iniciaron, forzados, una marcha de la muerte hacia el oeste, que muchos de ellos sobrevivirían. Las tropas soviéticas que llegaron al campo el 27 de enero de 1945 frustraron la tentativa del régimen nazi de ocultar la Shoah, ese crimen indecible de lesa humanidad, ante los ojos del mundo.

La liberación de Auschwitz no fue un momento de gozo o triunfo porque llegó demasiado tarde para casi todos los que habían sido deportados allí. Los soldados soviéticos hallaron sólo a poco más de 7.000 sobrevivientes. Únicamente unos cuantos pudieron escapar de ese infierno sobre la Tierra. El alivio de ser liberados se mezclaba con la certidumbre de la terrible suerte sufrida por las innumerables personas a las que ya no se podía salvar.

Primo Levi, uno de los sobrevivientes, describió el malestar de los soldados cuando llegaron a ese escenario de horror:

“No nos saludaron, ni tampoco sonrieron; parecían oprimidos no solamente por la compasión sino por una situación confusa de paralización que les sellaba los labios y les mantenía la mirada clavada en aquella escena fúnebre.”

Las tropas de los Estados Unidos y de Gran Bretaña que avanzaban hacia Alemania desde el oeste también se encontraron con crímenes espantosos en los campos de concentración que liberaron. Samuel Pisar había sobrevivido Majdanek, Auschwitz y Dachau cuando fue liberado por las tropas de los Estados

Unidos. Recientemente brindó un relato conmovedor de sus experiencias en el Washington Post.

Millones de personas habían sido víctimas del monstruoso asesinato en masa planificado a sangre fría por los nazis: primero y ante todo los judíos, pero también los sintis, los romaníes, los homosexuales, los discapacitados, los prisioneros de guerra, los disidentes y muchas otras personas de toda Europa. En Auschwitz, en Treblinka, en Sobibor, en Majdanek y en otros campos de concentración y exterminio, fue bajo órdenes alemanas y a manos alemanas que fueron torturados de manera bárbara, asesinados brutalmente mediante trabajos forzados o experimentos seudomédicos, ejecutados y exterminados en las cámaras de gas.

Incluso hoy, 60 años después del cataclismo, resulta difícil encontrar las palabras para describir el sufrimiento, el dolor y la humillación de las víctimas. Hoy, rendimos homenaje con humildad a todas las víctimas del régimen de terror Nacional Socialista e inclinamos la cabeza en señal de profundo duelo.

Auschwitz fue la expresión más terrible de un sistema engeguecido por la demencia racial. La ideología racista de la Alemania nazi también dio lugar a una guerra atroz de aniquilación contra Polonia y la Unión Soviética, que provocó sufrimientos indescriptibles a la población de esos países. Auschwitz quedará para siempre grabado en la historia de la humanidad como símbolo del desprecio absoluto por la condición humana y del genocidio, y quedará especialmente grabado en la historia y en la memoria de mi pueblo como dicho símbolo. Auschwitz también encarna el horrendo plan nazi destinado a eliminar por completo a los judíos alemanes y europeos con ayuda de un aparato de exterminio industrializado. Allí perdieron la vida seis millones de judíos, hombres, mujeres y niños.

Elie Wiesel describió en una ocasión el asesinato de niños judíos, la destrucción del futuro, como el peor crimen:

“Siempre eran los primeros en ser capturados y enviados a morir. Si comenzara a recitar sus nombres, los Moischeles, los Jankeles, los Sodelles, aquí y ahora, tendría que continuar durante meses y años.”

Este crimen bárbaro siempre formará parte de la historia de Alemania. Para mi país significa la abominación moral absoluta, una negación sin precedentes ni parangón de todo aquello que supone la civilización.

La nueva Alemania democrática ya ha extraído sus propias conclusiones. La responsabilidad histórica y moral de Auschwitz ha dejado una marca indeleble en nosotros. En 1949, la Alemania democrática hizo de la inviolabilidad de la dignidad humana el punto de partida de su Constitución. En el Artículo 1 de la Ley Fundamental leemos lo siguiente:

“La dignidad del hombre es inviolable. Respetarla y protegerla es obligación de todo poder público.”

Es esa responsabilidad ante la Shoah que entraña una obligación especial de Alemania para con el Estado de Israel. El ex Presidente Federal Johannes Rau pidió perdón al Parlamento de Israel, el Knesset, por los sufrimientos indescriptibles infligidos a los judíos a manos de los alemanes. Lo hizo

“en nombre propio y de mi generación, por nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, cuyo futuro yo quisiera ver junto al de los hijos de Israel”.

Para nosotros, las relaciones entre Alemania e Israel siempre tendrán un carácter muy especial. El derecho del Estado de Israel a existir y la seguridad de sus ciudadanos siempre seguirán siendo elementos no negociables de la política exterior de Alemania. Israel siempre puede confiar en ello.

Este año, celebramos el cuadragésimo aniversario del establecimiento de relaciones diplomáticas entre Israel y Alemania. El hecho de que Israel hoy nos considere un asociado confiable no ha de darse por sentado y nos llena de profundo agradecimiento.

Nuestro pasado nos impone el deber de desterrar y combatir todas las formas de antisemitismo, pero también el racismo, la xenofobia y la intolerancia. Por consiguiente, no debemos permanecer impasibles mientras se insulta, ataca o lesiona a las personas por su creencia religiosa. No debemos mirar hacia otro lado cuando se destruyan o se profanen sinagogas. Y no debemos permanecer en silencio ante la propaganda antisemita pernicioso. Debemos frenar la amenaza del antisemitismo con la máxima determinación y toda la fuerza de la ley.

Después de todo, la respuesta a la pregunta de si los ciudadanos judíos y sus comunidades se sienten seguros y en su hogar en nuestros países es un indicador decisivo del estado de nuestra democracia. En especial en mi país, debemos formularnos esta pregunta todos los días y dar una respuesta positiva.

El fomento de la confianza y la reconciliación al avanzar juntos y colaborar estrechamente también constituyen la respuesta de Europa a los horrores de la Shoah y de la Segunda Guerra Mundial. Por consiguiente, para nosotros tiene una importancia especial el hecho de que, desde mayo de 2004, hemos sido socios con nuestros vecinos orientales, y sobre todo con Polonia, en la Unión Europea, y esa estrecha cooperación es cada vez mayor.

Fue hace 60 años, tras los horrendos crímenes del Nacional Socialismo, que se fundaron las Naciones Unidas. Por ello nos reunimos hoy aquí, en la Sede de las Naciones Unidas, para conmemorar a las víctimas del genocidio que perpetraron los nazis contra los judíos europeos.

También a raíz de la terrible experiencia de la guerra y la tiranía nazi, los Miembros fundadores de las Naciones Unidas se comprometieron con los derechos humanos fundamentales y la dignidad y la valía de la persona humana en el comienzo del Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas. La prevención del genocidio, el resonante “nunca más”, es la razón de ser fundamental de las Naciones Unidas.

Precisamente debido a que el genocidio nunca se desata sin ningún indicio previo, debemos esforzarnos por combatir a sus precursores. Debemos luchar resueltamente contra la guerra, la guerra civil y el abuso de los derechos humanos, así como contra el pensamiento totalitario, la propaganda que genera el odio y la glorificación de la violencia. Ese es nuestro deber.

Para cumplirlo, necesitamos una cooperación multilateral eficaz. Las Naciones Unidas están extraordinariamente capacitadas y legitimadas para prevenir el genocidio. Estoy firmemente convencido de ello. Después de todo, ninguna otra organización tiene tanta experiencia en la prevención del conflicto y la protección de los derechos humanos. La intensificación del fortalecimiento de la Organización mundial en esa esfera es, por consiguiente, una de las prioridades de la política exterior de Alemania. Nuestra historia nos impone esa responsabilidad.

Sesenta años después de la liberación de los campos de concentración, la comunidad de sobrevivientes es cada día menor. Ningún archivo, película ni libro de historia puede reflejar sus dolorosas experiencias de manera tan eficaz como sus relatos personales. Quienes podemos escuchar a los sobrevivientes tenemos la

responsabilidad de contar su historia a las generaciones futuras.

Si hemos de vivir juntos en paz y respetándonos mutuamente, nunca debemos olvidar la barbarie de que es capaz la humanidad. Después de todo, como el ex Presidente Federal Richard von Weizsacker dijo en el discurso que pronunció el 8 de mayo de 1985:

“Todo el que cierre los ojos al pasado está ciego ante el presente. Quienquiera que se niegue a recordar la inhumanidad es propenso a contraer de nuevo la infección.”

El propio hecho de que la Shoah pudiera suceder en el siglo XX en el corazón de Europa y a manos de los alemanes ha de ser un recordatorio constante de que el hecho de que una sociedad sea ilustrada, tolerante y abierta no puede darse por sentado. Tenemos que trabajar todos los días para garantizar que el recuerdo siga bien vivo. El recuerdo de quienes fueron asesinados y el dolor de los sobrevivientes de los campos de exterminio del nacionalsocialismo nos comprometen a luchar por ese objetivo común. Todos juntos debemos aspirar a lograrlo.

El Presidente (*habla en francés*): Ahora tiene la palabra el Sr. Michel Barnier, Ministro de Relaciones Exteriores de Francia.

Sr. Barnier (Francia) (*habla en francés*): Hace 60 años, cuando los Aliados cercaron los territorios del Reich, a los horrores del combate se sumó el espantoso descubrimiento de los campos. En su declaración sobre Belsen, Brian Uquhart nos lo hizo ver muy vívidamente. Todos los que como él, cuyos ojos contemplaron en esos momentos la mirada desasosegada de los sobrevivientes, quienes encontraron las pilas de cadáveres descarnados, quienes asistieron a la agonía desgarradora de aquellos para quienes la liberación llegó demasiado tarde, quedaron marcados para siempre por lo inimaginable y lo indecible.

Desde sus primeros días en el poder en 1933, el régimen nazi creó un sistema de represión cruel e implacable. A medida que Europa sucumbía más y más al régimen de Hitler, también se ampliaba la lista de los lugares de suplicio: Belzec: 600.000 muertos; Sobibor: 250.000; Majdanek, al cual el Sr. Geremek se refirió anteriormente: 230.000; Treblinka: 800.000; Auschwitz: más de un millón.

En esos lugares de muerte, las primeras víctimas fueron los alemanes: opositores políticos, sindicalistas

e intelectuales. Los judíos, perseguidos con un odio particular, fueron sometidos desde el principio a un trato especial, mediante la indicación “retorno indeseable”. El 90% de los judíos alemanes pereció. Los nazis aplastaron toda resistencia: el enfermo y el discapacitado, que corrompían la “sangre alemana”, los romaníes y los homosexuales, que fueron esterilizados por miles. Las mujeres, los niños y los ancianos que fueron consumidos por hogueras monstruosas.

Con la ocupación de Europa, la barbarie alcanzó dimensiones aún mayores. Los judíos que habían huido de Alemania y los que procedían de otras naciones fueron avasallados, perseguidos, aprisionados y enviados a la muerte, a menudo con la colaboración de una parte del aparato estatal de muchos de esos países.

Ese fue el caso en Francia donde, como el Presidente Chirac afirmara solemnemente en el discurso que pronunció en julio de 1995 en Vel d’Hiv, “el ocupante fue respaldado en su locura criminal por el pueblo y el Estado de Francia”. Como reacción a esa traición, y en respuesta al llamamiento de Charles de Gaulle, se alzó la Resistencia, mientras que, previendo el destino que les esperaba a los deportados, hubo ciudadanos ejemplares —“los justos”— que ocultaron y salvaron a miles de judíos. Perseguidos ellos mismos, esos soldados de las sombras y esos héroes anónimos fueron a su vez embarcados en los trenes de “sombra y niebla”, cuando no habían ya muerto a causa de las torturas o perecido frente a los pelotones de fusilamiento.

La empresa nazi pretendía la negación de la condición humana. La “raza inferior” estaba destinada a desaparecer. Los judíos, sobre todo, cristalizaban la obsesión de exterminio. Al horror de la barbarie sistematizada, los nazis agregaron el genocidio con la “Solución Final”. Además de poner fin al sufrimiento extremo, la liberación de los campos restituyó a los deportados, tanto a los muertos como a los vivos, su identidad y su dignidad de seres humanos.

Nuestras Naciones Unidas nacieron tras una guerra diferente de todas las otras, sin precedentes en su alcance geográfico y su aterrador número de víctimas —55 millones de personas, en su mayoría civiles— pero también en el carácter único del genocidio. Sin embargo, las naciones, unidas frente a la barbarie, salieron victoriosas. Al crear una Organización internacional basada en el derecho, se propusieron evitar que el mundo volviera a sufrir otro cataclismo semejante.

Entre las esperanzas que se han hecho realidad y las promesas que se han cumplido, deseo mencionar, en primer lugar, los enormes progresos logrados en el ámbito del derecho internacional: se han establecido las condiciones para el uso legítimo de la fuerza y se han reconocido los derechos humanos en una Declaración Universal. Simbólicamente, la persona que en gran medida inspiró ese texto, René Cassin, galardonado con el Premio Nobel de la Paz, era judío, un veterano de la Primera Guerra Mundial gravemente herido y miembro de la resistencia desde el inicio.

La democracia ejemplar a la que se refirió el Sr. Joschka Fischer y que se estableció inmediatamente después de la guerra en la República Federal de Alemania es una segunda razón para sentirse alentado, tras la monstruosa aberración de un régimen que despreció todo lo que había aportado al mundo esa gran cultura europea. Una Europa destruida logró encaminarse hacia la unidad, es decir, hacia la paz. Esa promesa de paz se ha cumplido sin excepciones desde 1950. Actualmente continúan los progresos por esa vía.

Por último, el pueblo judío, al que los nazis trataban de eliminar, por decisión de la Asamblea y gracias al valor y la fuerza de los pioneros que lo crearon, pudo crear su refugio —su Estado— en la tierra de Israel.

Sin embargo, a lo largo de 60 años ¿cuántas promesas se han quebrado en todo el mundo? ¿Cuántos compromisos han quedado sin cumplir? ¿Cuántas mujeres, niños y hombres han sido masacrados en Camboya, Rwanda, los Balcanes y en otros lugares? ¿Cuántos derechos se han pisoteado?

Esperemos que esta conmemoración nos recuerde la promesa que todos nuestros Estados contrajeron cuando se sumaron a esta Organización y se adhirieron a los principios de su Carta:

“a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra ... a reafirmar la fe en ... la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de los hombres y mujeres ... a asegurar, mediante la ... adopción de métodos, que no se usará la fuerza armada sino en servicio del interés común.”

Francia, junto a todos sus asociados europeos, apoyó firmemente la idea de celebrar este período extraordinario de sesiones, por el que debe darse crédito a la Asamblea. La liberación de los campos es la liberación de toda la humanidad; a la humanidad

corresponde recordarlo y mantenerse alerta. Es lo que estamos haciendo hoy aquí y es lo que muchos haremos el jueves, en Auschwitz.

De todos modos, la humanidad debe mantenerse alerta. Este estado de alerta es el deber que nos ha conferido el recuerdo de la multitud abandonada al salvajismo metódico de los nazis. Hay que mantenerse alerta y ser intransigentes respecto del que todavía se atreve a negar el crimen, alerta e implacablemente intransigentes ante el antisemitismo y todas las formas de racismo.

Para concluir, deseo citar a un pastor alemán que fue deportado durante siete años por otros alemanes. En unos pocos versos, Martin Niemöller nos recuerda hacia dónde puede conducirnos el totalitarismo. Escribió lo siguiente:

“Primero apresaron a los comunistas,
y no dije nada porque yo no era comunista.
Luego se llevaron a los judíos,
y no dije nada porque yo no era judío.
Luego vinieron por los obreros,
y no dije nada porque no era ni obrero ni sindicalista.
Luego se metieron con los católicos,
y no dije nada porque yo era protestante.
Y cuando finalmente vinieron por mí,
no quedaba nadie para protestar.”

No olvidemos nunca. Cuando aparecieron las primeras señales de persecución de los judíos, a la que se refirió antes el Profesor Wiesel, cuando aparecieron esas primeras señales que fueron un funesto presagio de la Shoah, ¿cuántos les hicieron frente? ¿Cuántos las denunciaron? Hoy, el deber de recordar nos une. Nos obliga a estar alerta pero, sobre todo, nos obliga a actuar.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene ahora la palabra el Ministro de Relaciones Exteriores del Canadá, Sr. Pierre Stewart Pettigrew.

Sr. Pettigrew (Canadá) (*habla en inglés*): Hoy, un momento de gran pesar nos reúne aquí para hablar a los representantes del mundo en esta gran Asamblea General. Para mi Gobierno y para todos mis conciudadanos canadienses, esta es una ocasión solemne marcada por la tristeza.

La verdad sea dicha, hoy no deberíamos estar aquí. En un mundo perfecto, no estaríamos conmemorando el asesinato de seis millones de personas. Pero este no es un mundo perfecto. Hoy, hace 60 años, nuestros padres lo descubrieron con angustia.

Dentro de unos días, estaremos en Auschwitz y conmemoraremos la liberación de los sobrevivientes del horror nazi. Los que sobrevivieron al Holocausto han envejecido y son menos numerosos, ya que el tiempo ha hecho mella. Sin embargo, no los olvidamos, ni olvidamos a los que no sobrevivieron; nunca lo haremos.

Estamos aquí para dar repercusión y fuerza a la noción de que siempre deberemos recordar ese sombrío capítulo de nuestra historia, porque es un capítulo de nuestra historia colectiva como seres humanos que nunca más debe repetirse.

En el Canadá nos enorgullecemos de nuestra lucha contra el fascismo y de haber contribuido a liberar a los que sufrieron. Nos sentimos orgullosos de la contribución que ha aportado la comunidad judía, entre ellos los sobrevivientes del Holocausto, para que el Canadá sea más fuerte, más próspero y más diverso, y los canadienses más respetuosos unos de otros.

Sin embargo, si bien la liberación de Auschwitz supuso el principio del fin del Holocausto, no supuso el final del mal que lo generó. Actualmente, aun en sociedades como la canadiense, en la que el respeto por los demás es un valor, el mundo, como sociedad, enfrenta nuevas amenazas de odio que debemos considerar como retos a nuestros valores. Reafirmamos más que nunca nuestros valores comunes de inclusión y debemos rechazar firmemente toda forma de odio.

Sigue siendo uno de los mayores crímenes de la historia de la humanidad: el asesinato sistemático a sangre fría de millones de personas, entre ellas, una gran mayoría de judíos. Un famoso escritor estadounidense dijo una vez: “La historia nunca parece historia cuando se vive. Siempre parece confusa y desordenada, y uno siempre se siente incómodo”. Amigos míos, nunca debemos sentirnos cómodos, nunca debemos olvidar.

Sin embargo, ¿cómo ocurrió? Ocurrió, en mi opinión, porque el mayor mal es la indiferencia. Es el caldo de cultivo para el temor y la intolerancia. Actualmente, nos gusta pensar en el mal como algo de colores crudos y bien definidos. Sin embargo, el mal también puede ser trivial, pernicioso, casi inocuo. Como escribió Edmund Burke, todo lo que hace falta para que el mal triunfe es que los hombres buenos no hagan nada.

(*continúa en francés*)

Además, tenemos la capacidad de reconocer el mal y de luchar contra nuestra propia indiferencia

frente al odio dirigido contra otros, lo que exige un gran coraje y una gran perspicacia. Lamentablemente, como civilización, seguimos fracasando en esos dos aspectos. Desde la liberación de Auschwitz, el mundo ha sido testigo de numerosas atrocidades que se han cometido contra otros seres humanos, como las de Camboya, Bosnia y Herzegovina, Rwanda, Darfur, y la lista de tragedias perpetradas en medio de la indiferencia todavía es más larga.

La noción de seguridad colectiva entraña, necesariamente, la de responsabilidad colectiva, pero nada podría excusar la indiferencia ante los crímenes motivados por el odio. Por ello, hemos militado a favor de la creación de una Corte Penal Internacional y de la adopción de instrumentos jurídicos como las convenciones contra el genocidio. También por ello, el pasado septiembre, el Primer Ministro del Canadá, Sr. Paul Martin, propuso aquí mismo, en la Asamblea General y desde este mismo estrado, la noción de responsabilidad de proteger. Los Estados deben proteger a su población. Este principio se basa en el rechazo de la indiferencia. De hecho, este es uno de los principios fundamentales de esta Organización.

El año pasado, el Secretario General declaró lo siguiente:

“La expresión ‘Naciones Unidas’ se acuñó para designar a los países aliados que lucharon contra ese régimen bárbaro, y nuestra Organización se creó justo después de que el mundo descubriera el horror de los campos de concentración y exterminio. Por lo tanto, es justo decir que la Naciones Unidas surgieron de las cenizas del holocausto. Un programa de derechos humanos que no se ocupe del antisemitismo niega su propia historia.”

Para cambiar el curso de la historia, para que se respeten los derechos de todos, para proteger a los débiles y contener a los fuertes, ante todo y sobre todo hay que luchar contra la tendencia, muy humana, de no hacer nada ante el mal mientras la víctima no seamos nosotros. Ello sólo será posible si nos unimos en nuestros esfuerzos y superamos los límites de nuestra propia indiferencia.

En un mundo interconectado como es el nuestro, podemos ver y comprender sobre el terreno lo que ocurre en todo el planeta. En esas condiciones, la expresión “nada nuevo bajo el sol” no resulta sorprendente. De todos modos, nadie puede aplicar esa fórmula a crímenes como el Holocausto. Los crímenes tan

horribles y repugnantes como aquél siempre serán infamias. Nos recuerdan que no podemos ser indiferentes ante la intolerancia y el imperio del mal.

(continúa en inglés)

Estoy seguro de que podemos satisfacer las expectativas de quienes nos precedieron y que podemos hacer del mundo un lugar más seguro, próspero, generoso y respetuoso. En este año de conmemoración, debemos inspirarnos en nuestro pasado y hallar oportunidades en nuestro futuro colectivo.

Esta conmemoración es una ocasión solemne, pero no de aceptación o indiferencia. En lugar de ello, debemos renovar nuestra determinación de construir un mundo mejor y unas Naciones Unidas también mejores. Recordemos al Reverendo Martin Niemöller —al que acaba de citar el Ministro de Relaciones Exteriores francés, Michel Barnier— y a los 6 millones de personas que murieron, y unamos nuestras voces para decir alto y claro en contra del odio y la indiferencia: “¡Nunca más!” “¡Nunca más!”

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Ministro de Relaciones Exteriores de Armenia, Excmo. Sr. Vartan Oskanian.

Sr. Oskanian (Armenia) (*habla en inglés*): En nombre del pueblo y el Gobierno de Armenia, y en el mío propio como descendiente de sobrevivientes de un genocidio, me siento obligado a estar presente hoy aquí para sumarme a otros sobrevivientes y descendientes de los autores de los crímenes y de las víctimas, para participar en esta conmemoración. También me siento con el deber de instar a todos los presentes a hacer frente con más eficacia al riesgo de genocidio en cualquier lugar y cualquier momento, cueste lo que cueste y aun cuando cause malestar político.

Sin duda, la liberación de Auschwitz es motivo de celebración conmemorativa, pero mientras participamos en ella, cada vez que pronunciamos el nombre de “Auschwitz”, nos vemos obligados a reflexionar: a volver la vista atrás, a mirar a nuestro alrededor y a hacer un ejercicio de profunda introspección.

Tras el 11 de septiembre de 2001, pensando en el número excepcionalmente alto de víctimas que se había cobrado un solo suceso, un periodista escribió: “Todos somos americanos”. La compasión, la solidaridad, la ansiedad y la indignación nos unieron a todos. Pero, ¿hasta qué punto son más profundos e intensos nuestros sentimientos con respecto a Auschwitz y a lo

excepcional de su horror, con respecto al hecho de que sea sinónimo de tecnología de la muerte y con respecto a esa entrega inquietantemente cotidiana a la eficiencia, a la organización efectiva.

Tras Auschwitz, todos somos judíos; todos somos gitanos; todos somos no aptos, anormales o indeseables para alguien, en algún lugar. Tras Auschwitz, la conciencia humana no puede seguir siendo igual. La capacidad del hombre de ser inhumano con los hombres, las mujeres, los niños o los ancianos, ha dejado de ser un concepto para el que tengamos que encontrar un nombre, una imagen, una descripción. Auschwitz presta su aura maléfica a todos los Auschwitz de la historia, de nuestra historia colectiva anterior y posterior a Auschwitz.

Tan sólo en el siglo XX, se perpetraron 15 genocidios, cuyas víctimas tienen sus propios nombres para denominar los lugares donde se cometió la infamia. Lo que los franceses llaman *les lieux infâmes de mémoire* están por todas partes. Son los lugares del horror, las matanzas, masacres y asesinatos indiscriminados de cuantos formaron parte de una sociedad, un grupo, una raza o una religión. Para los armenios, ese lugar es el desierto de Deir-El-Zor; para los camboyanos, los campos de la muerte; para los niños del siglo XXI, es Darfur; para los judíos, los polacos y el resto de quienes nos hicimos adultos después de la Segunda Guerra Mundial, es Auschwitz.

Al igual que todos fuimos, somos o podríamos ser víctimas; todos fuimos, somos o podríamos ser culpables. Sólo mediante el compromiso de quienes presenciaron o cometieron actos inimaginables y tuvieron el valor, la dignidad y la gracia de reconocer sus errores y sus maldades podremos reunir la voluntad política colectiva necesaria y expresarla.

Eso no es tan ingenuo ni falto de realismo o pragmatismo como parece, o como algunos querrían hacer que pareciera, quizá para desecharlo. El genocidio no tiene nada que ver con los individuos que se comportan como locos, cometen crímenes, hacen maldades o causan daños irreparables; el genocidio es un acto que comete un Estado que tiene que actuar por conducto de su organización y su estructura. Por lo tanto, no estoy pidiendo que cambien los seres humanos; lo que pido es que nos planteemos conscientemente el papel que deben desempeñar nuestras instituciones nacionales e internacionales para que nunca nadie piense que disfruta de impunidad.

Después de Auschwitz, cabría pensar que nadie tenía el derecho de hacer la vista gorda o el oído sordo a lo que pasó. Como armenio, sé que la vista gorda, el oído sordo y la lengua atada hacen perpetua la herida. Es el recuerdo de un sufrimiento que no ha conocido el alivio de la condena rotunda y del reconocimiento inequívoco. El mundo no se ha expresado y nosotros tenemos que hacerlo. La catarsis que las víctimas merecen y que las sociedades necesitan para restañar las heridas y seguir adelante nos obliga a los que estamos aquí, en las Naciones Unidas, como comunidad internacional, a llamar las cosas por su nombre, dar testimonio y arrancar el velo de la ofuscación, de los dobles raseros y de la conveniencia política.

Tras el desastre causado por el tsunami, ahora enfrentamos con dolor un dilema. Por una parte, la respuesta multilateral internacional ha sido muy rápida, muy generosa y sin ningún tipo de discriminación. Sin embargo, si la comparamos y contrastamos con la ayuda brindada a la otra tragedia, la de África, resulta claro para todos que, en lo que respecta a Darfur, más allá de una condena general, no se ha hecho nada por perseguir y castigar a los responsables. Por supuesto, la diferencia con el caso del tsunami es que allí no hubo responsables. Nadie blandió una espada, apretó el gatillo ni pulsó el botón que soltaba el gas.

Reconocer a las víctimas de un genocidio es también reconocer que hay responsables. Sin embargo, esto no es en absoluto lo mismo que señalar a esos responsables, denunciarlos, disuadirlos o advertirlos, aislarlos y castigarlos. Si estas declaraciones y observaciones denotan cierta ingenuidad que pasa por alto las estructuras establecidas de la política y los intereses, entonces, en esta ocasión, en la que nos hemos reunido para conmemorar tan horrible acontecimiento, permítaseme formular esta única pregunta: ¿si no es aquí y ahora, entonces dónde y cuando?

George Santayana —al que ya se ha citado aquí, pero permítaseme volver a citarlo— nos advirtió que recordáramos el pasado o estaríamos condenados a repetirlo. Esta advertencia tiene una significación para mí en el plano personal, pues la destrucción de mi pueblo, cuyo destino incidió de cierta forma en el destino del pueblo judío, debería haberse visto en un contexto más amplio como una advertencia de lo que vendría. Judíos y armenios quedaron ligados para siempre por Hitler: “¿Quién habla hoy del exterminio de los armenios?” dijo apenas dos días antes de invadir Polonia.

Esta cínica referencia a los armenios ocupa un lugar prominente en el Monumento Conmemorativo del Holocausto en Washington porque es una profunda afirmación del papel que pueden desempeñar las terceras partes para prevenir el genocidio y tratar de que no se olvide. El genocidio es la manifestación de una ruptura del pacto que los Gobiernos tienen con sus pueblos. Durante un genocidio no queda nada entre ellos, salvo la función crítica que puedan desempeñar las terceras partes. Hoy estamos aquí porque el ejército soviético entró en Auschwitz hace 60 años. Hoy estoy aquí porque los árabes ofrecieron refugio a los deportados armenios hace 90 años. Las terceras partes pueden realmente desempeñar una función y marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Su rechazo de las políticas y los comportamientos que van en contra de los intereses de cualquier entidad nacional, sin mencionar los intereses internacionales del género humano, es una afirmación rotunda y contundente que es necesario hacer.

Sin embargo, aunque los vecinos y los simpatizantes pueden ayudar en materia de prevención y de mantener vivo el recuerdo, no pueden hacer mucho para ayudar a las partes a dejar atrás el pasado y reconciliarse. Eso les corresponde a las partes. Primero, las víctimas deben tener el coraje y la dignidad para seguir adelante. Luego, les corresponde a los victimarios reunir toda su capacidad humana y toda su bondad para vencer el recuerdo de la maldad interior que hasta ese momento ha predominado en ellos, para rechazar, negar o desistir de los actos perpetrados, las intenciones, las consecuencias, los artífices y los ejecutores.

Auschwitz es la peor expresión de odio, indiferencia y deshumanización. Recordar hoy Auschwitz y su abominable objetivo es un paso fundamental para hacer real la frase de “nunca más”.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra la Excm. Sra. Ilinka Mitreva, Ministra de Relaciones Exteriores de la ex República Yugoslava de Macedonia.

Sra. Mitreva (ex República Yugoslava de Macedonia) (*habla en inglés*): En este día lleno de emociones, en el que, con dolor en nuestros corazones, recordamos los horrores causados por la doctrina nazi, un día en el que el mundo recuerda y conmemora a las víctimas de los campos de concentración, permítaseme comenzar por reafirmar el apoyo de la República de Macedonia a la convocación de este importantísimo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General.

¿Cuál será el recuerdo colectivo del Holocausto en el siglo XXI, cuando los últimos sobrevivientes hayan dado su testimonio? La comunidad internacional, todos nosotros y las futuras generaciones nunca debemos olvidar los inenarrables crímenes cometidos contra seis millones de judíos y contra muchas otras personas durante la Segunda Guerra Mundial. El Holocausto fue un oscuro ejemplo de una política basada en la exclusión religiosa y étnica, con un desprecio total por la inviolabilidad de la civilización humana, una ceguera que provocó la muerte de millones de personas inocentes por el mero hecho de ser diferentes.

Por consiguiente, al recordar a las víctimas del Holocausto, es nuestra obligación moral comprometernos a evitar que semejantes horrores vuelvan a tener lugar. Hoy es un día para recordar y reflexionar, un día para que todos rindamos homenaje a quienes lucharon contra ese tipo de política y sacrificaron la vida por la libertad. Hoy es un día para recordar a los sobrevivientes, que nos han transmitido sus terribles experiencias y las han grabado en nuestra memoria colectiva y han trasladado así un mensaje rotundo a las generaciones venideras. Los sobrevivientes recuerdan a sus liberadores, procedentes de diferentes partes del mundo, que jamás serán olvidados.

La República de Macedonia y su sociedad históricamente multiétnica sufrió una enorme pérdida con la casi completa erradicación de su población judía en los campos de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque los macedonios hicieron todo lo que estaba a su alcance para proteger a sus vecinos judíos—algunas veces a costa de su propia vida—, en 1943, 7.200 personas, el 98% de los judíos macedonios, fueron deportadas por las fuerzas de ocupación nazis al campo de Treblinka, donde fueron asesinadas.

Macedonia recuerda a sus víctimas del Holocausto y vela por que no se las olvide mediante diversas actividades. Una de estas actividades es la apertura del centro conmemorativo para las víctimas del Holocausto, cuya construcción debe comenzar este año. El 11 de marzo de cada año, la nación macedonia conmemora el día en que los judíos macedonios miraron atrás por última vez para ver su patria mientras eran forzados a subir a los trenes de la muerte.

Nos preguntamos si la humanidad ha extraído una lección de la historia. Debemos seguir haciéndonos esa pregunta cada día. Creamos las Naciones Unidas como respuesta a los temores que dejó tras de sí la Segunda

Guerra Mundial, la guerra que trajo inenarrables sufrimientos a la humanidad. Hemos establecido el principio de responsabilidad internacional en la protección de los derechos humanos; hemos establecido las condiciones para la paz, la seguridad y la justicia. Estamos comprometidos con la práctica de la tolerancia y la comprensión mutua y con el respeto de las diferencias. Sin embargo, desafortunadamente, aún existen tristes ejemplos de nuevas formas de genocidio.

Debemos admitir que ha faltado una reacción oportuna por parte de la comunidad internacional. Creamos tribunales para administrar justicia por las atrocidades cometidas, pero, ¿es eso suficiente? ¿Es eso lo único que se puede hacer?

Por consiguiente, este solemne período extraordinario de sesiones no debe ser sólo un período de sesiones de conmemoración y reflexión. De él se espera un mayor impulso al perfeccionamiento de los mecanismos de las Naciones Unidas para ejercer un multilateralismo responsable, para reaccionar con rapidez, eficacia y de manera apropiada ante todos los posibles futuros casos de genocidio y de violación masiva de los derechos humanos.

La conmemoración debe alentarnos a reafirmar, una vez más, nuestro firme compromiso con los principios y propósitos de la Carta y de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Debemos defender sin cesar los valores que todos hemos aceptado. Esa será la mejor manera de honrar el recuerdo de las víctimas de la Segunda Guerra Mundial y de rendir homenaje a aquellos que lucharon por la paz, la libertad, la democracia y la dignidad humana.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra Lord Janner de Braunstone, miembro del Consejo de la Reina del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.

Lord Janner (Reino Unido) (*habla en inglés*): Los nazis asesinaron a toda mi familia —a todos y cada uno de ellos— en Lituania y Letonia. Mi familia más inmediata fue más afortunada por ser británica y vivir en Gran Bretaña. Ahora yo tengo la suerte y el orgullo de estar aquí representando al Gobierno, al Parlamento y a la nación de Gran Bretaña, que en determinado momento tuvo que hacer frente a los nazis sola.

En 1946, yo era un soldado británico destacado en el Rin. Al celebrarse el segundo aniversario de la

liberación por el ejército británico del campo de concentración de Belsen, asistí a la ceremonia que se hizo junto a las fosas comunes y sentí por primera vez el verdadero horror de la maquinaria asesina nazi. Pronto me convertí en el investigador más joven del ejército británico del Rin que se dedicaba a investigar crímenes de guerra. De manera que hoy sé que, cualquiera que sea nuestra nacionalidad, debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para garantizar que las próximas generaciones aprendan estas lecciones, las lecciones del Holocausto, y hagan todo lo que esté a su alcance para combatir el genocidio, cuando y dondequiera que éste.

Hoy conmemoramos el sexagésimo aniversario de la liberación del campo de concentración de Auschwitz, el más crudo y repugnante símbolo de la maldad nazi. Como ha afirmado elocuentemente el Secretario General, hoy recordamos a todos aquellos que fueron asesinados: a los judíos, sí, pero también a los romaníes, a los discapacitados físicos y psíquicos, a los homosexuales, a los prisioneros políticos y a los prisioneros de guerra; a los millones de personas que asesinaron los nazis, en Auschwitz y en Belsen, efectivamente, así como en las docenas de terribles campos de concentración que liberaron las Fuerzas Aliadas. Por otra parte, también recordamos a aquellos que, como mi familia, fueron asesinados en sus ciudades y aldeas, en sus hogares y en sus lugares de culto.

Los nazis querían exterminar a aquellas personas —hombres, mujeres, niños y bebés— que consideraban inferiores. Exterminaron a millones de personas, pero su maldad no se detuvo en aquellos a los que privó de la vida. Los nazis marcaron con la tragedia la vida de los sobrevivientes y de sus familias. A la comunidad internacional le tomó muchos años de dolor entender que nunca debemos permitir que las generaciones futuras olviden. De manera que, hoy, nuestro principal desafío es hacer todo lo que esté en nuestras manos para garantizar que las víctimas y sus familias sean recordadas con honor y de manera permanente. Muchos países trabajan hoy juntos de manera eficaz para hacer realidad esta idea.

En 1998, Gran Bretaña y otros países crearon el Grupo de Trabajo para la cooperación internacional en relación con la educación, el recuerdo y la investigación del holocausto. En estos momentos, el Grupo de Trabajo cuenta con 20 países miembros. Todos apoyan la Declaración del Foro Internacional sobre el Holocausto celebrado en Estocolmo en enero de 2000.

Todos trabajamos unidos para establecer programas nacionales dirigidos a promover la educación, el recuerdo y la investigación en torno al tema del Holocausto. Los países con poca tradición en la conmemoración del Holocausto se han nutrido de la experiencia británica y de otros países en la sensibilización del público respecto de estas tragedias.

El Holocausto era un crimen desconocido para la humanidad, no había una palabra para nombrarlo. Hoy la palabra encarna la visión de los asesinatos y de las fosas comunes, así como de los macabros esfuerzos de los nazis por exterminar a personas que despreciaban. La Convención de las Naciones Unidas para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, de 1951, estableció una base jurídica para garantizar que los crímenes más horribles nunca más quedaran impunes. Dijimos “Nunca jamás”. Sin embargo, trágicamente, el mundo todavía sufre la maldad del genocidio y la depuración étnica. La comunidad internacional no aprendió lo suficiente del Holocausto. Por ello, el Reino Unido apoya y acoge plenamente con beneplácito los objetivos de este período extraordinario de sesiones.

Los crímenes de guerra nazis fueron asesinatos y los asesinatos fueron crímenes de guerra, crímenes de guerra abominables y únicos para la humanidad. En 1991, el Parlamento británico promulgó la Ley de crímenes de guerra. El plan de estudios de las escuelas británicas incluye el Holocausto.

En Lituania, Estonia y Letonia, el Gobierno británico, junto con el Holocaust Educational Trust y los Gobiernos de los países bálticos, ha desarrollado un proyecto para acceder a literalmente cientos de fosas comunes, señalarlas en mapas y señalizarlas. Esas fosas contienen los huesos y los cuerpos de víctimas a las que los nazis y sus aliados locales sacaron a la fuerza

de sus hogares, masacraron sin piedad y enterraron despedazados. Si no nos hubiéramos ocupado de ello, esos restos mortales y esas fosas habrían quedado olvidadas en los bosques de esos lugares.

En Gran Bretaña, al igual que en otras naciones, el Día de Conmemoración del Holocausto, el 27 de enero —que es el jueves de esta semana—, se celebra el aniversario de la liberación de Auschwitz. Este día se ha convertido en un evento nacional clave, cuyos objetivos son dos: primero, recordar a los que sufrieron y murieron en la tragedia del Holocausto; segundo, reflexionar sobre lo que aprendimos y recordar otras tragedias humanas y casos de intolerancia. Las organizaciones no gubernamentales, junto con profesores y educadores, han sido los participantes más activos y efectivos con los que hemos contado.

Desde aquí, regresaré al Reino Unido y luego iré a Auschwitz, el jueves. Ese mismo día, me uniré a los sobrevivientes, así como a nuestro Ministro de Relaciones Exteriores y a otros líderes, miembros de la familia real, políticos de luto y sobrevivientes en ese lugar absolutamente terrible y funesto. También ese día, nuestra Reina y nuestro Primer Ministro se unirán a los sobrevivientes y a sus familiares en un acto conmemorativo solemne que se celebrará en el salón Westminster del Parlamento. Todos recordaremos el pasado, en aras del futuro.

El Reino Unido apoya plenamente los objetivos de este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General y los honra. No debemos olvidar lo que aprendimos de los campos de concentración nazis. No debemos olvidar el destino trágico de los millones de personas que sufrieron y murieron a manos —manos ensangrentadas— de los nazis. No, no debemos olvidar nunca, nunca, nunca.

Se levanta la sesión a las 13.15 horas.